

EL HOMBRE QUE NO EXISTIA

SILVER KANE



© SILVER KANE

Texto

© FABA-NORMA

Cubierta

1.ª edición: agosto de 1987

1.ª edición en América: febrero de 1988

Esta publicación es propiedad de

EDITORIAL ASTRI, S.A.

Apto. Correos 96008 – Barcelona

ISBN.: 84-7590-397-5

Depósito Legal: M-24.682-1987

Imprime FUTURA-GIESA

Tel. 218 12 00

08006 Barcelona

Printed in Spain - Impreso en España

# 1

El jinete espoleó sin piedad a su caballo, que ya tenía los ijares cubiertos de sangre. El hombre sentía las heridas y la fatiga del animal como si fueran cosas propias, porque él amaba a los animales y no podía soportar que se les diera un inútil castigo. Pero es que ahora sabía que no le quedaba más remedio que sacarle al corcel la máxima velocidad, porque de aquello dependía la vida de un hombre.

Cubierto de polvo como iba, sin haber dormido en toda la noche, el jinete se detuvo ante un cercado junto al cual dormitaban dos indios.

Estos apenas abrieron un ojo al verle llegar. Estaban allí para ganar dinero, pero si tenían que molestarse demasiado preferían no ganarlo. Además, empezaba a hacer demasiado calor para molestarse en los negocios. Uno de ellos murmuró:

—Parece que viene muy cansado, forastero.

El otro dijo:

—Su caballo está hecho una mierda.

Y el primero añadió:

—Usted también está hecho una mierda.

No eran, desde luego, las mejores palabras para atraerse a un posible cliente, pero aun así el recién llegado se detuvo. Miró con ojos entrecerrados por el cansancio el cartelón colocado junto a la cerca y donde, con unas espantosas faltas de ortografía, se podía leer:

SE BENDEN CAVALLOS HESTUPENDOS A DOCE PABOS USA

Uno de los indios preguntó:

— ¿Quiere cambiar de corcel, amigo?

—Creo que sí. Este pobre bicho que monto ya no aguanta más. He tenido que castigarlo porque necesito llegar cuanto antes a la ciudad de Key Falls. ¿Cuánto me darían por él?

—Seis dólares.

—De acuerdo. Va a necesitar un buen reposo. Os daré otros seis pavos y me llevaré aquél.

Señalaba un corcel de unos tres años que caracoleaba nervioso, con ganas de saltar la valla y comerse el mundo. Uno de los indios dijo:

—No tiene mal ojo, no... Ese caballo puede llegar de una galopada al otro lado del Oeste. Hala, suelte la pasta y ya es suyo. Le ayudaremos a cambiar la silla.

El jinete aceptó. Su cara no podía verse bien a causa del polvo, pero era un hombre de unos veinticinco años, con un metro ochenta de estatura, buenos músculos y piernas largas y flexibles, de varón nacido sobre un caballo. Llevaba un revólver último modelo muy bien protegido, de modo que sobre él no se había acumulado el polvo. Las facciones de aquel hombre reflejaban la energía y la decisión del que siempre está entre la vida y la muerte.

—Cuiden bien el caballo que les dejo —gritó mientras montaba su nuevo corcel—. Y no le den una yegua hasta dentro de una semana o el pobre se muere.

—No se preocupe —dijo uno de los indios—. Vivimos de los caballos y los cuidamos bien. Nadie escupe sobre su propio dinero. Pero oiga...

— ¿Qué?

—Usted tampoco está para que le den una tía.

—Claro que no. La veo y la diño —dijo el jinete.

Y picó espuelas de nuevo.

El caballo relinchó.

Tenía ganas de correr, pero no tanto.

El reloj de la pequeña iglesia de Key Falls dio las campanadas de las doce menos cuarto. Hacía calor, el sol estaba alto y las casas de adobes pintadas de blanco, al estilo mexicano, relucían como inmensas manchas de cal. Pero en las calles no se veía nadie, como si la pequeña ciudad estuviera vacía.

La mujer oyó las campanadas y se estremeció. Era una mujer joven, llenita, compacta, de sugestivas e insolentes curvas. Podía volver loco a cualquier hombre, pero ahora parecía tan abatida y tan deshecha que ningún hombre se hubiese atrevido a tocarla. Desde el fondo de sus grandes ojos habían brotado dos lágrimas.

Estaba en una habitación grande y silenciosa, desde cuya ventana se veía la plaza principal de Key Falls. En el centro de esa plaza se alzaba un patíbulo, y en el centro de ese patíbulo un verdugo gordo y aburrido estaba comprobando la solidez de la cuerda.

Otra mujer entró en la habitación. Era vieja y arrugada como una pasa.

Llevaba bajo el brazo unas ropas negras.

—Señora Ana... —dijo.

— ¿Ya vienes, Inés?

—Claro, señora Ana. Ya falta poco tiempo, por desgracia. Usted ha tenido que oír las doce menos cuarto.

—Sí.

—Falta un cuarto de hora solamente.

—Dios mío...

—Ya es tarde para lamentarse, señora Ana. Su marido va a ser ahorcado dentro de quince minutos. Más vale que se vista de luto para cuando vaya a recoger el cadáver.

—Ti... tienes razón.

La opulenta mujer se había puesto en pie. Estaba mucho mejor así que sentada. Era una tía impresionante. Miró el patíbulo en el centro de la plaza y luego decidió:

—No. Todavía no. Aún es pronto.

— ¿Pero qué dice, señora Ana? Ya sabe que lo siento de verdad. Pero faltan sólo quince minutos...

—Te equivocas. Tal vez mi marido aún tenga alguna esperanza.

— ¿Pero qué esperanza? —musitó la vieja—. El juez de apelación ya ha dicho que se cumpla la sentencia.

—De acuerdo. Pero llega un hombre.

—No diga tonterías, señora Ana. No sueñe. ¿Qué hombre?

La hermosa mujer cerró los ojos mientras musitaba:

—El único del mundo que puede salvarlo. El único...

El jinete cubierto de polvo consultó su reloj sin dejar de galopar. Estaba tan nervioso que ahora unas gotas de sudor recorrían su frente, formando con el polvo una especie de masa.

Las doce menos diez.

Había galopado todo lo posible, había reventado tres caballos y él mismo no había dormido ni comido prácticamente en dos días, pero aun así iba a llegar tarde. Y eso que ya tenía al alcance de sus ojos...

Picó de nuevo espuelas y el caballo aumentó su ya frenética velocidad.

Seguro que el bicho empezaba a acordarse de su madre. Pero el pobre aún no lo decía.

Las doce campanadas se desgranaron sobre la plaza mayor de Key Falls. La mujer que iba a ser viuda dentro de pocos instantes se puso en pie y avanzó hacia la ventana como una sonámbula.

Ya se había vestido de luto, como correspondía a la ocasión. Su alta y maciza figura destacaba aún más con las ropas y las medias negras. Por unos instantes pareció captar hasta las últimas vibraciones del aire por si a la ciudad llegaba el galope de un caballo. Pero nada.

Entonces la gente empezó a salir de todos los rincones de la plaza. Era gente que había esperado hasta el último momento, quizá confiando en un indulto, pero ahora la ejecución ya era inevitable. Con los sombreros en las manos, rodearon el patíbulo y vieron acercarse en silencio la figura del que iba a ser ajusticiado.

Era un hombre alto y fuerte, de unos treinta años. Le habían condenado a muerte por atraco a un banco con el asesinato de los dos únicos empleados, pero viéndolo nadie hubiera dicho que aquello fuese cierto. Incluso el jurado había dudado hasta el último momento, viendo su cara de buena persona.

Pero no se puede absolver a un hombre que confiesa ser culpable. No se puede dejar en la calle a un tipo que reconoce haber robado y matado. Si alguna sentencia justa se había dictado en el juzgado del que dependía Key Falls, era la que iba a ejecutarse ahora.

El verdugo quiso ayudarle a subir los escalones del patíbulo, pero el condenado, con un suave gesto, indicó que no hacía falta. Se colocó él mismo en el punto exacto, bajo la soga, y dijo al que había de matarle:

—Acaba pronto, Fred.

—No te preocupes, Peter, ya sabes que conozco mi oficio.

El hombre miró el reloj de la torre de la iglesia, que indicaba las doce y dos minutos. Ya se estaban retrasando un poco. Luego clavó sus ojos en la ventana del otro lado de la plaza, donde sabía que estaba su mujer.

Vio una mancha negra.

En fin, ya se había vestido de luto.

Mejor.

En aquel momento la mujer también miraba el reloj de la iglesia. Yendo las cosas con normalidad, Peter aún tardaría dos minutos en colgar de la soga. En ese tiempo podía llegar el jinete con un revólver infalible. Podía llegar John Valley.

Fue entonces cuando le pareció oírlo, viniendo desde el norte:

El galope de un caballo.

John Valley vio delante de las orejas de su corcel la calle principal de la ciudad, a cuyo extremo estaba la plaza. Había oído muy poco antes las doce campanadas, pero sabía que una ejecución, entre unas cosas y otras, puede durar cinco minutos. Aún llegaría a tiempo de...

El disparo sonó entonces como un seco trallazo, viniendo desde uno de los tejados de la ciudad. La bala pasó tan cerca de la cabeza de John Valley que se le llevó el sombrero, haciéndolo dibujar una pirueta en el aire.

Johnny se colgó instintivamente de un lado del caballo, con la habilidad de un auténtico domador de potros mexicano, para evitar el segundo balazo. Sabía que acababa de librarse por milagro, ya que un jinete lanzado al galope hace muchos movimientos inesperados, y resulta dificilísimo dejarlo seco de una bala en la cabeza. Pero los milagros no se repiten dos veces. Además, ahora, el tío del tejado tiraría al bulto, no a la sesera. Podía acertar.

Por eso Jimmy hizo caracolear el caballo con una finta habilísima, digna de un verdadero diablo, hurtando de tal modo el cuerpo que al otro le era imposible verle. Y al otro no le interesaba matar el caballo porque el jinete se parapetaría tras él y podría cazarle a su vez. Durante unos instantes, el hombre del tejado vaciló, aunque mientras tanto envió otra bala que pasó rozando la silla.

Johnny Valley lo vio desde debajo del vientre del caballo, en una posición casi inverosímil. Se dio cuenta de que aquel tipo estaba solo y al descubierto. Buscando la eficacia del primer disparo, no se había preocupado de su propia seguridad. Su cuerpo vestido de negro destacaba además en el tejado como una mancha que parecía buscar las balas. Johnny, que ya había sacado el Colt, disparó desde debajo del animal dos veces.

La primera bala falló. La segunda alcanzó de lleno al tipo del tejado que aún no sabía lo que estaba pasando.

Se oyó un largo grito.

El hombre del rifle soltó su arma y cayó pesadamente desde el tejado a tierra.

Quedó hundido en el polvo como una mancha negra.

Johnny Valley dijo solamente:

—Leches.

Volvió a saltar sobre la silla y picó espuelas de nuevo, pidiéndole a su caballo indio un último y supremo esfuerzo. El patíbulo quedaba ya a menos de media milla, como quien dice al alcance de su mano. Tenía que llegar. ¡Tenía que llegar! ¡Tenía que llegar!

Ahora todo dependía de su caballo y una bala.

Preparó el revólver.

Del mismo modo que Ana, la mujer ya vestida como una viuda, había oído el galope del caballo, el verdugo lo oyó también. Y aquello no le gustó. Sabía que el indulto no iba a llegar, porque el enviado del juez ya estaba allí con la respuesta negativa. De modo que no podía ser más que algún desesperado que trataba de salvar a Peter en el último momento.

Un maldito loco.

Pero aun así el verdugo no se apresuró. Si salvaban a Peter, tampoco le iba a saber mal. Ajustó bien el lazo y dijo:

—Adiós, muchacho.

Se oyó entonces un sordo rumor en la plaza.

Todo el mundo se había vuelto para ver aparecer a aquel fantasmal jinete cubierto de polvo. Los dos delegados del sheriff tomaron posiciones con sus rifles para tirotearlo. Pero el jinete hizo entonces algo inverosímil, algo tan insólito que demostró que estaba tan loco como para jugarse la vida a una sola carta.

Saltó del caballo, apoyó el cañón del revólver en el antebrazo izquierdo, para que el arma no temblase, y apuntó. Hizo eso justamente en el momento en que el verdugo repetía.

—Adiós, muchacho.

Tiró de la palanca hacia atrás y se abrió la trampilla.

El condenado había mantenido la serenidad hasta el último segundo, pero no pudo evitar entonces una especie de estertor. Su cuerpo se balanceó en el aire, en una trágica pirueta, antes de desaparecer de pronto en el hueco de la trampilla. El siniestro chasquido que todos oyeron indicó una sola cosa: su cuello se había roto.

La cuerda quedó espantosamente tensa.

Y entonces el hombre que había descabalgado a un lado de la plaza disparó una sola vez. Fue un tiro prodigioso. Fue algo increíble. A una distancia desde la que la cuerda no podía verse, la partió en dos mitades de un seco balazo.

Y el cuerpo del condenado acabó de caer como un saco al fondo del patíbulo.

Pero de nada había servido aquel último y desesperado gesto.

Lo que acababa de caer al fondo del patíbulo ya no era más que un muerto.

# 2

Los dos agentes del sheriff lanzaron al unísono una sorda maldición. Nunca les había ocurrido una cosa igual, y la verdad era que todo aquello les parecía un maldito sueño. Pero eso no impidió que movieran sus rifles con la rapidez de dos auténticos profesionales.

Tampoco les había ocurrido nunca lo que pasó a continuación. Por un momento les pareció que estaban ante el propio diablo. Porque el tipo del revólver apretó el gatillo dos veces más, antes de que ellos dispararan, y los cuerpos de los dos agentes del sheriff salieron despedidos hacia atrás como si los hubiera empujado una catapulta. Las balas les habían alcanzado a uno en una clavícula y al otro en una cadera.

Rodaron por tierra.

Sus ojos se desencajaron de asombro al ver avanzar a Johnny Valley. Su revólver humeante era como una premonición de muerte. Sus ojos acerados tenían el color de las asas de un ataúd.

Pensaron que aquel tipo iba a matarles. Y nadie, entre los asustados habitantes de la población, les defendería ahora. Todo el mundo se había cobijado en silencio en los porches de la plaza.

Johnny Valley musitó:

—Si hubiese querido mataros, ya estaríais muertos. No toquéis las armas y no os pasará nada. Tocadlas y os iréis echando leches al cementerio de la ciudad.

—Estás lo... loco.

—Los locos seréis vosotros si intentáis algo.

—Tú ganas... por ahora.

Estaba claro que no iban a intentar nada, porque bastante trabajo tenían con taponarse las heridas. Johnny Valley avanzó entonces hacia el patíbulo, en cuyo lado superior estaba quiero el verdugo.

—Saca al condenado de ahí abajo —ordenó.

—Es demasiado tarde.

— ¡Maldita sea! ¡Sálvalo!

La orden no admitía réplica. El verdugo se deslizó por la trampilla y sacó por la puerta que había a un lado del patíbulo el cuerpo de un hombre que no se movía. La cuerda aún estaba ceñida a su cuello con toda la fuerza de la muerte.

Johnny tuvo que cerrar un momento los ojos.

Se dio cuenta que había llegado tarde por un par de segundos.

Musitó:

—Infiernos...

El disparo a la cuerda había sido prodigioso, pero cuando ya el cuello del condenado acababa de ser partido por un nudo perfectamente hecho. Toda la carrera, todos los sufrimientos, toda la fabulosa puntería no habían servido de nada.

El verdugo murmuró:

— ¿Qué vas a hacer? ¿Matarme?

Johnny Valley alzó el revólver.

Por un momento pareció como si fuese a perder el dominio de sus nervios. Como si fuese a apretar el gatillo.

Pero luego lo bajó mientras gruñía:

—No. Tú no has hecho más que cumplir con tu deber.

—En cierto modo lo siento, amigo.

— ¿Tú...?

—Sí. Un verdugo ha de cumplir la sentencia. Pero no me he dado prisa. Casi hubiera deseado que la bala llegara un segundo antes.

—Te creo. Haz que el cuerpo del condenado sea trasladado al ataúd que sin duda tenéis dispuesto. Yo voy a hacer algo que de todos modos tenía que hacer.

Dio media vuelta y se dirigió a la casa en cuya ventana estaba la silueta negra de la mujer. Ella no se había movido. Estaba allí como un fantasma.

Johnny entró.

Lo primero que captó fue la solidez de las curvas de la mujer. Su presencia turbadora y caliente. Había en ella un atractivo animal, una oscura tentación, una llamada secreta.

Ella se derrumbó en una silla.

Llevaba la falda demasiado corta.

Enseñaba sin querer unas suculentas piernas.

Johnny susurró:

—Cuando me contrató, no sabía que fuera usted tan joven, señora.

—Llámame Ana.

—No sabía que fueras tan joven, Ana.

—Tengo veinticuatro años. Mi marido Peter tenía veintiséis. Demasiado joven para morir.

—Ya has visto que he hecho lo posible —murmuró Johnny—. Los caballos y yo hemos quedado reventados por el camino.

—Sí. Claro que has hecho lo posible... Eres el único profesional en el Oeste, por tu rapidez y tu puntería, capaz de salvar a Peter. Tienes la profesión más extraña del mundo, Johnny Valley.

—Tal vez.

—Me dijeron que eras pistolero profesional.

—Sí, eso es cierto.

—Pero que, por tu puntería, habías efectuado alguna salvación milagrosa de hombres que iban a ser ahorcados. Un disparo infalible a la soga, una buena galopada y... ¡zas! Por eso me recomendaron que te contratase, ya que eras la única esperanza. Y por eso te contraté.

Él se sentó enfrente de la mujer, en el silencio de la habitación, sin querer mirarle las piernas. Pero notaba aquella presencia caliente y obsesionante de hembra. Con un hilo de voz dijo:

—Siento que no haya salido bien.

—Has hecho lo que has podido.

—Si no llega a entretenerme unos segundos un tirador que me esperaba a la entrada de Key Valley, llego a tiempo. Ha sido ese hombre el que me ha hecho perder unos segundos preciosos. Y además no comprendo qué diablos tenía contra mí. No sé por qué me esperaba.

—Supongo que tú te has enfrentado a muchos hombres, Johnny.

—Demasiados.

—Y que habrás dejado a muchos muertos en tu camino.

—Muchos.

—Los muertos han tenido amigos, han tenido parientes... Alguno de ellos habrá querido vengarse.

—Eso ha tenido que ser.

—Por las razones que sea, todo ha fallado, Johnny Valley. Pero tú no tienes la culpa. Te pagaré igualmente.

El negó con la cabeza.

—Nunca cobro cuando fracaso —dijo.

—Tú no has fracasado. Además, has tenido unos gastos. Y necesitarás dinero, porque has herido a dos delegados del sheriff. No tendrás más remedio que huir de aquí.

—Eso es cierto, aunque tampoco pienso darme demasiada prisa.

—Pienso pagarte, Johnny Valley.

—Dame sólo la mitad.

—De acuerdo. Puedes venir esta noche a recogerlo al hotel. Me quedaré aquí hasta después del entierro.

— ¿Vais a dar enseguida sepultura a tu marido?

—Cuando a uno lo ejecutan, lo entierran enseguida. En el mismo día. Creo que es la costumbre de esta zona.

—Claro —dijo el hombre.

Y se puso en pie. Quería alejarse de allí y no mirar más a Ana, porque le dolía que ella pudiese notarlo. Era una viuda demasiado reciente para sentir ya en su cuerpo la mirada de otro hombre. Fue hacia la puerta de la habitación y desde allí murmuró:

—Tenías que quererlo mucho para intentar todo lo que has intentado.

—Sí—dijo Ana.

— ¿Era inocente?

—Sí.

— ¿Entonces por qué confesó? Lo leí en los periódicos, cuando daban la reseña del juicio.

—No lo sé, pero pienso que algo llegó a enloquecerle. En los últimos tiempos no parecía el mismo. Sufría alucinaciones e imaginaba haber hecho cosas que no había hecho nunca. A mí llegó a confundirme con otra mujer. Yo estaba asustada... Muy asustada. Pero merecía salvarse. Con un poco de cariño y llevándolo a un buen médico, hubiera vuelto a ser el que siempre fue.

— ¿Qué hay entonces de los verdaderos culpables?

— ¡Quién sabe! Lo más terrible de todo —musitó Ana— es que ahora la justicia no los perseguirá. El caso ha sido cerrado.

—Tal vez los persiga yo.

—Es inútil. No cobrarás nada por eso, Johnny.

—No siempre cobro —dijo él—. Sobre todo cuando hay una mujer de por medio.

Enseguida se arrepintió de haber pronunciado aquellas palabras. Notó que el cuerpo de Ana se tensaba ligeramente. Abrió la puerta de la habitación y añadió:

—Lo siento.

Salió a la calle. El sol le dio en la cara. Ya era extraña una ejecución al mediodía, pero se notaba que en el caso de Peter habían querido agotar todos los recursos y esperar el indulto. En fin, el caso era que él había perdido el tiempo y Peter muerto.

Atravesó la calle y se dirigió al único hotel de la ciudad, un sitio bastante decente y donde pensaba aguardar hasta la noche.

No quería salir ahora, en parte porque su caballo estaba muy cansado y en parte porque no quería dar la sensación de ser un fugitivo. Además, quería ocuparse de buscar un médico para los dos agentes del sheriff.

El alcalde de la pequeña ciudad se cruzó en su camino.

—No están graves —dijo, como si hubiera adivinado sus pensamientos.

— ¿Los ha visto el médico?

—Sí.

—Diga que yo pagaré la factura.

—Les ha dado en buen sitio... ¿Usted siempre mete la bala donde quiere, Valley?

—Al menos lo intento.

—Pues les podía haber dado en las pelotas. Uno de esos agentes del sheriff es un marica.

—Lo tendré en cuenta para la próxima vez.

Y siguió caminando hacia el hotel. Pero unas palabras le cortaron entonces en seco. La voz llegó desde un lado de la tranquila calle. Con el rabillo del ojo, Johnny vio el rebrillar del Colt. No se movió aprisa. De nada hubiera servido ya. Con la derecha lejos de la culata se volvió y miró al hombre. Este acababa de decir:

—Quieto, perro.

Johnny murmuró:

—Eso no es un insulto. Hay perros estupendos.

Y miró al hombre que ya le estaba amenazando. Lo reconoció enseguida. Era Baxter, un sucio asesino a sueldo. Baxter siempre mataba por la espalda y sin dar ninguna oportunidad.

Por eso Johnny dijo con voz metálica:

—Me extraña que no me hayas matado ya, Baxter. Tú siempre disparas primero y hablas después.

—Es que aquí está el alcalde.

— ¿Y qué?

—No quiero que luego declare que te he matado por la espalda. Te mataré de frente.

—Pero sin darme demasiadas oportunidades, ¿no? Veo que ya tienes el revólver desenfundado.

—Bueno... A la hora de declarar, el alcalde no podrá probar si lo he desenfundado antes o después. Lo único que verán todos es que tienes los balazos de frente.

Pero el alcalde se creyó obligado a decir:

—Oiga, esto es... es...

— ¡Usted se calla!

Fue una fracción de segundo. Baxter había vuelto los ojos hacia el otro hombre sólo en un parpadeo, una llamarada. El alcalde no se dio ni cuenta. Pero Valley sí. En aquel parpadeo de su enemigo estaba la fracción de segundo que él necesitaba. Y con eso tenía bastante.

Movió la derecha.

¡CHASK!

Fue apenas un sonido metálico. Johnny Valley disparó desde la funda, sin sacar.

Y el tiro desde la cadera resultó fulgurante. Baxter recibió el terrible impacto entre las cejas.

Alcanzado en otro sitio, hubiera tenido tiempo de apretar el gatillo a su vez. Pero ya no pudo. La bala le llegó hasta los sesos y el mundo dejó de existir para él. Cayó como un poste.

Johnny dijo:

—Lástima haber tenido que matarlo.

— ¿Por qué? —preguntó el alcalde.

—Me parece recordar que me debía una cena.

Hizo un gesto de resignación y siguió caminando hacia el hotel. Mal mundo este, donde por las causas que sean no acabas encontrando ningún amigo que te pague nada.

# 3

Al llegar la noche, Johnny Valley calculó que su caballo habría descansado y que él podría salir de la ciudad sin demasiadas prisas. Prefería hacer el viaje entre las sombras, porque así estaría más seguro de no ser seguido y de no caer en una encerrona.

Pero aún le quedaba una cosa por hacer: cobrar parte del dinero de la ciudad y despedirse de ella.

Por eso bajó a su habitación, ya que estaban en el mismo hotel, aunque en pisos distintos. Llamó con los nudillos a la habitación cuyo número le habían dado antes.

—Adelante —dijo la voz femenina.

El entró.

Y vio a la tía.

Ella estaba en el centro de la habitación.

Zapatos de alto tacón.

Medias negras.

Apenas unas braguitas que le cubrían el sexo y nada más. Unas braguitas enormemente atrevidas para las costumbres de la época.

Senos al aire.

Y una expresión de tremenda sorpresa en sus ojos, como si no creyera lo que estaba viendo.

Farfulló:

—Creí que era la camarera. La había avisado an... antes...

—Perdón... Entonces me voy.

—No, no te vayas. Pásame aquella bata.

Se cubrió con ella. La fascinante visión de aquella mujer de bandera desapareció.

Pero sus relieves se marcaban bajo la tela de una forma tan compacta, tan precisa que para Johnny Valley era igual que si continuase desnuda.

—Lo siento —dijo él.

—No, no te preocupes. Esas cosas suelen ocurrir.

—Había venido a despedirme.

—Te estaba esperando... ¿Quieres tomar una copa? Sólo tengo whisky, pero es bueno. Esta noche pienso emborracharme. Si no estoy completamente borracha no conseguiré dormir.

—Lo comprendo, Ana. Acabas de enterrar a tu marido.

—Sí.

Se sentó en la cama. Un borde de la bata resbaló y dejó al aire la pierna mórbida y larga, ceñida por la media negra. Pero Ana parecía tan distraída, tan abatida que no debía de darse cuenta de nada. El propio Johnny vio la botella de whisky y él mismo se sirvió una copa.

— ¿Qué vas a hacer ahora, Ana?

—No lo sé. Pero es seguro que me iré de esta ciudad.

—Lo comprendo.

—Y tú, ¿qué vas a hacer?

Johnny Valley se encogió de hombros.

—Tengo otros encargos —dijo—. En el Oeste siempre hay trabajo para un maldito como yo.

— ¿Te irás muy lejos?

—Supongo que sí.

— ¿Cuándo?

—Esta misma noche.

—Entonces espera. Antes de que se me olvide.

Y se levantó para dirigirse hacia la única mesa, cuyo cajón central abrió. De él extrajo un fajo de billetes que tendió a Johnny.

—Lo que habíamos convenido —dijo.

—Te pedí sólo la mitad.

—Tú te lo has ganado todo, John Valley.

—No. Tú marido está muerto. No es justo que yo cobre lo que tenía que cobrar por salvarlo. Toma este dinero.

Dejó la mitad del fajo sobre la mesa. Ana lo miró con ojos cargados de indiferencia, como si de pronto aquellos billetes no significaran ya nada para ella. Pero cuando el pistolero iba hacia la puerta susurró:

—Entonces deja que al menos me despida dignamente de ti.

— ¿Qué es para ti despedirse dignamente, Ana?

—Esto.

Le ofreció su boca ancha, jugosa y fresca. Era una boca salvaje y que parecía haber sido hecha para la tentación. Dejó que la bata se entreabriera y mostrara los senos agresivos y potentes. No le importó que una de sus deliciosas piernas se adelantara hasta quedar enlazada con una de las piernas de Johnny.

Johnny pensó: «Su marido está mejor muerto. La hubiese diñado de todos modos. Un hombre no aguanta dos semanas con esta tía.»

Pero la besó. Notó aquel cuerpo caliente que parecía penetrar en el suyo. Le pareció notar que los pezones de Ana se clavaban en él como puntas de flecha.

Y eso que ella apenas hacía nada. No se movía.

Si encima llega a moverse, la habitación se hunde.

Johnny dijo:

—Adiós.

Cuando saltó a la calle, aún estaba mareado. Sabía que nunca más volvería a ver a aquella mujer, pero la recordaría siempre. Iba en busca de su caballo cuando se tropezó con el verdugo.

—Repito que lo siento, amigo —dijo éste—. Tenía que haber inventado algo para retrasar la ejecución un par de minutos. Uno ha de cumplir con su deber, pero Peter no merecía morir.

—Eso ya no importa, amigo.

—He hecho que lo enterraran dignamente. Su viuda ha llevado un gran ramo de flores.

—Siempre es un consuelo. ¿Dónde hizo el atraco Peter?

—En el Federal Reserve de Tucson.

—Un sitio demasiado importante para atracarlo —dijo Johnny—. Siempre hay mucha vigilancia.

—Y mucho dinero. Supongo que cuando se quiere conseguir un buen botín hay que correr algunos riesgos.

— ¿Cuánto se llevó?

—Hablan de medio millón.

John Valley lanzó un silbido.

—Diablos... —dijo.

—Sí. Es un buen pellizco.

— ¿Se ha recuperado?

—No. Ni un dólar. Peter se llevó el secreto a la tumba, pero el dinero lo tiene alguien. Y existe una pista que se mencionó de pasada en el juicio, pero que nadie ha seguido. Yo, ¿sabe?, puedo tener mis propias ideas, pero no es asunto mío. En este maldito condado sólo soy el verdugo.

— ¿Qué pista? —preguntó Johnny.

—Bah... Déjelo.

— ¿Por qué?

—No me gusta hablar mal de los muertos.

—De Peter ya se ha hablado bastante mal —dijo el pistolero—. Incluso lo han ahorcado.

—Sí, pero esto es distinto.

— ¿Distinto?

El verdugo dijo con un gesto de hastío:

—Olvídelo.

El verdugo iba a alejarse, pero los dedos acerados de John Valley le obligaron a volverse en el último segundo.

—Cuando un hombre ha sido ahorcado y cuando una mujer sufre en silencio, como le ocurre a la viuda de Peter, no hay nada que olvidar. Más vale que me diga lo que sabe, amigo. Y le prometo que no le volveré a molestar.

—Está bien. Ya le he dicho que no me gusta hablar mal de los muertos, pero alguien explicó en el juicio, sin que se le hiciera maldito caso, que el dinero podía tenerlo un amigo de Peter.

— ¿Alguien que le habría ayudado a dar el golpe?

—No, porque el golpe se dio en solitario. Fue un golpe de audacia: unos disparos rápidos cuando los guardianes salían con la recaudación, y ya está. No hizo falta nadie más. Pero hay otra razón para que ese amigo no interviniera, ¿sabe? Es una persona de las que no intervienen nunca en un tiroteo.

— ¿Un pacifista? —preguntó Johnny.

—No. Un maricón.

Johnny echó bruscamente la cabeza hacia atrás, dominado por la sorpresa, y tuvo que tragar saliva en una especie de espasmo.

— ¿Qué quiere decir? —farfulló.

—Bueno, pues quiero decir que he oído comentar otras cosas además de ésa. Por ejemplo, que Peter y el marido eran amigos íntimos. Que se les veía juntos. En fin, que caben fundadas sospechas de que Peter era también un mariconazo de espanto.

Johnny tuvo que pasarse una mano por la boca para disimular el asombro que sentía.

—Usted ha dicho que era buena persona —musitó.

—Nada tiene que ver una cosa con otra.

—Eso es verdad. Pero es que me cuesta mucho creerlo. Con una mujer tan imponente como la que tenía. Con una tía así...

—Pienso lo mismo que usted, Johnny Valley, pero eso no se lo explique usted a un marica. Los maricas tienen sus propios gustos y su propia lógica. Allá ellos.

—Demonios... No quisiera que la viuda llegara a saber jamás eso. No es justo aumentar sus sufrimientos con una historia de esa clase.

—Yo no la pienso contar —dijo el verdugo—. No es asunto mío. A mí me da usted una buena soga, y lo demás no me importa.

— ¿Ese amiguito del que me habla pudo haber recibido el botín del asalto?

—No hay que desdeñar esa posibilidad. Ya le he dicho que incluso se mencionó en el juicio, pero la gente no acabó de entenderlo bien y no hizo maldito caso.

— ¿Recuerda dónde vivía ese hombre? el amiguito.

—En el propio Tucson. Al menos allí vivía cuando me hablaron de él por última vez.

— ¿Y cómo se llama?

—Ramis.

—Es un nombre poco usual.

—Eso le ayudará a encontrarlo si lo busca. Pero no se moleste demasiado.

Johnny hizo crujir sus nudillos.

—Puede que lo haga —musitó—. Me gustaría demostrar que Peter era inocente.

—Ojalá lo demuestre. Porque además le conviene a usted, Johnny.

— ¿A mí? ¿Por qué?

—Porque ha atacado a dos agentes del sheriff, y tarde o temprano se dictará una orden de captura contra usted. Si resulta que hizo todo eso para intentar salvar a un culpable, se le va a caer el pelo. Si lo hizo para salvar a un inocente, no habrá quien le condene. Le darán la razón.

—Eso es verdad —murmuró Johnny.

—Y fue entonces cuando decidió que iría a Tucson sin pérdida de tiempo. Tenía que encontrar a Ramis fuese como fuese. Lo decidió en un momento.

—Me voy a Tucson —le dijo al verdugo—. ¿Quiere algún recado para allí?

—Hombre, a mí me gustaría mucho que diera recuerdos de mi parte al verdugo de la ciudad, que eran un gran amigo mío, pero ya no va a ser posible.

— ¿Por qué?

—Probando una cuerda, se ahorcó él mismo la semana pasada.

Y añadió:

—Era un maldito novato.

—Tiene razón. Ya no quedan auténticos profesionales.

El verdugo, que era un hombre fino, terminó la conversación diciendo:

—Mierda.

# 4

Tucson estaba en su mejor momento cuando Johnny Valley puso en ella los cascos de su caballo. La gran «ruta de la carne» hacia California pasaba por la ciudad, y ello la había dotado de una prosperidad que parecía no ir a terminarse nunca.

Había entonces dos grandes rutas de las manadas, partiendo de los inmensos pastizales de Texas: la que iba hacia el norte, en busca de las tres ciudades de Kansas donde se centralizaba el comercio de la carne: Abilene, Dodge City y Ellsworth. Desde ellas era fácil enviar las reses, convenientemente engordadas después de la larga marcha, hasta los mataderos de Chicago. Y otra ruta, la que iba hacia el oeste, atravesando Arizona y Nuevo México, y que intentaba proveer de carne fresca a los grandes mercados de California. Las riquezas de aquellas comarcas y su gran movimiento humano hacían que la demanda de alimentos no cesara jamás.

Las manadas seguían incesantemente ambas rutas.

Tucson era una de las ciudades beneficiadas por el tráfico, y a causa de eso bullía de prosperidad. Había buenos hoteles, buenas casas de juego, unas excelentes barberías y baños, unos enormes salones y unas peligrosísimas casas de mujeres, donde un tío entraba en busca de unas faldas y a veces salía con los pies por delante después de haber encontrado un ataúd.

Johnny llevaba tres años sin poner las botas en Tucson, justo desde que mató allí a cuatro hombres y dictaron una orden de captura contra él. Confió en que el asunto ya se habría olvidado, pues Tucson había crecido mucho y estaba lleno de gente nueva. Buscó un aceptable hotel, puso en la cuadra a su caballo y se dedicó a frecuentar los saloons. En uno de ellos le pudieron dar noticias del tal Ramis.

—Sí... Un tipo algo extraño —le dijo su informador—. Para mí que no le gustan las mujeres.

—Es que traigo un mensaje para él. ¿Dónde vive ahora?

—No lo sé... Hace tiempo que no se le ve por ninguna parte.

Johnny pensó que era lógico. La gente suele cambiar de ciudad cuando se ha hecho con un botín de medio millón de dólares.

— ¿Pero dónde vivía? —insistió.

—Tenía una casa en Charquita Cross. O la tiene todavía, no sé. Es por el sur de la ciudad.

Johnny conocía Charquita Cross. Ahora la zona ya había desaparecido, pero entonces ocupaba unos aledaños bastante miserables y peligrosos del sur de Tucson. Las casas decentes resultaban allí extrañas y en cambio abundaban los saloons y los garitos.

El pistolero fue hacia allí. La primera persona con la que pudo hablar fue una vieja cortesana que estaba junto a la barra de un viejo saloon, mamando de una vieja botella.

— ¿Ramis? —preguntó bizqueando la tía, que debía de estar allí, ejerciendo el noble oficio de prostituta, desde antes del descubrimiento de América— ¿Y a qué viene preguntar ahora por ese marica indecente? Nunca se acostó conmigo. No le gustan las mujeres.

«Es que uno al que le gusten las mujeres no se acuesta contigo», pensó Johnny, pero desde luego se guardó muy mucho de decirlo.

—Ya sé que es un marica —musitó—, pero he de darle un recado. ¿Sabes tú dónde vive?

— ¡A mí qué me cuentas! Hace mucho que no se le ve por aquí.

—Haz memoria.

Y deslizó tres billetes de un pavo por encima de la barra. Con eso, la honrada madre de familia tenía para seguir bebiendo. Puso unos ojos como platos y susurró:

—Busca en un sitio llamado Green House. Es una casa aislada que está junto a un roble, siguiendo el camino que encontrarás a la izquierda. Ramis vivía con un amigo tan mariconazo como él, pero hace tiempo que no se les ve por ninguna parte. A lo mejor han cambiado de ciudad.

—Claro —dijo Johnny.

Cada vez estaba más convencido de que Ramis se había largado con la pasta al otro lado del país. Pero de todos modos fue al sitio llamado Green House.

Era, en efecto, un edificio aislado de los otros, y estaba muy destartalado. Johnny se dio cuenta enseguida de que nadie vivía allí, lo que no debía de haber llamado para nada la atención de los vecinos. En Tucson la gente se largaba y volvía con la mayor naturalidad. También con la mayor naturalidad, Johnny derribó la puerta.

Se encontró con una casa en orden, pero totalmente abandonada. Al menos hacía seis meses que nadie vivía allí, a juzgar por el polvo, y sin embargo, todo estaba bien cuidado. Por muchos detalles, se notaba que habían vivido allí dos tipos parecidos a mujercitas. Había un solo dormitorio y una sola cama, lo cual indicaba que los pájaros dormían juntos. Johnny hizo una mueca y se rascó el cogote.

Infiernos... Qué cosas.

Pero algo le llamó la atención, cortando sus pensamientos. Sobre una mesita, al lado de la cama, había un retrato sobre el que alguien había colocado una cinta negra. En el retrato, que era uno de los más perfectos que se podían obtener con las cámaras de la época, aparecía la letra R. Esa podía ser la inicial de Ramis.

Era un joven muy guapo, tanto o más que una mujer.

Posiblemente aquél era el joven que Johnny buscaba, el misterioso amiguito de Peter, el ahorcado. ¿Pero qué significaba la cinta negra? ¿Que estaba muerto?

Era lo más probable. Quizá Ramis había muerto, y su compañero, lleno de dolor, había desaparecido momentáneamente de la casa. El pistolero tomó el retrato, lo miró fijamente y volvió a dejarlo en el mismo sitio, mientras una sombra de inquietud cruzaba su rostro.

Pese a estar cayendo ya la noche, fue al pequeño cementerio de la ciudad, que estaba lleno a rebosar de tumbas. Buscó durante media hora y al fin dio con la lápida que estaba deseando encontrar. Era de mármol gris y decía sencillamente esto: «john ramis — muerto en accidente EN DICIEMBRE DE 1869. TU AMIGO QUE NO TE OLVIDA, JACK.»

Johnny se quitó el sombrero.

Bueno, ahora se explicaba muchas cosas. Por ejemplo, por qué a Ramis no le había visto nadie en los últimos tiempos. Y por qué la casa donde vivió estaba vacía. Sin duda, el amiguito del alma no había podido resistir el dolor y había decidido buscar el olvido en otro sitio. Pero aquel amiguito no era Peter, el marido ahorcado de Ana. Era un hombre distinto, un tipo llamado Jack.

De todos modos eso concordaba algo, porque el difunto Ramis, si era del ramo del agua, podía haber tenido dos amigos, Peter y Jack. Pero lo que no concordaba eran las fechas. El asalto al Federal Reserve, por cuya causa fue ahorcado Peter, se había producido en febrero de aquel año. Y por lo visto Ramis estaba muerto desde diciembre del año anterior. Por lo tanto, eso de que podía haberse llevado el botín, nada de nada.

Johnny Valley arqueó una ceja.

¿Qué era lo que había pasado allí? ¿Dónde estaba la verdad de todo aquel asunto?

En aquel momento pensó que iba a tener tiempo para averiguarlo, pero se equivocaba. Porque alguien había decidido que Johnny Valley no tenía que seguir investigando.

Alguien había decidido que tenía que morir.

# 5

La extraña cosa que salvó a Johnny fueron los murciélagos. Nunca lo hubiera imaginado, pero con su vuelo le conservaron la piel. De pronto una bandada de ellos salió en tropel del fondo de una fosa antigua y vacía, la única vacía que parecía haber en el cementerio. Y su brusca salida indicó que algo les había asustado, indicó que tal vez alguien... acababa de esconderse allí.

Para Johnny fue como un chispazo.

El no vacilaba nunca. Y algunos momentos ni siquiera pensaba. Se movía por instinto, con la rapidez de un animal de la pradera.

Y eso fue lo que hizo ahora. De un fantástico salto, se arrojó detrás de la única cruz de mármol que estaba a su alcance. La tumbó con el impacto, pero aquella cruz le salvó.

Una de las balas pasó alta. La otra se estrelló en el mármol. Hubo un brusco chirrido mientras Johnny rodaba por tierra y los murciélagos formaban una nueva bandada en el aire.

Un hombre acababa de asomar por el borde de la fosa. Llevaba un Sharp automático y disparaba con la rapidez del diablo.

Las otras tres balas, casi seguidas, cambiaron la cruz de sitio.

Pero Johnny ya había visto a su enemigo. No necesitaba más. Sus dientes rechinaron mientras sacaba el Colt. El otro cambió instantáneamente la dirección del rifle. Le había visto también. Durante unas décimas de segundo que parecieron eternas, los dos hombres se miraron a los ojos.

¡BANG!

Johnny Valley había disparado cuando el otro aún estaba cerrando el dedo sobre el gatillo. La bala penetró en la frente del hombre con un seco chasquido de huesos. Y aquel tío que estaba dentro de la fosa se quedó allí para siempre.

Johnny avanzó en zig-zag. Aún no se fiaba.

Pero el hombre caído dentro de la tumba ya no iba a darle más problemas, tenía materialmente saltada la tapa de los sesos. El pistolero guardó su arma mientras se secaba unas gotitas de sudor que de pronto habían perlado su frente.

—Diablos... —musitó.

El tipo que había tratado de matarle no podía ser Jack. Al menos no tenía pinta de marica. Era un pistolero barbudo y grasiento, con una pinta de asesino profesional que tumbaba de espaldas.

Alguien se acercó entonces. Johnny puso con suavidad la derecha sobre el revólver, pero la retiró al darse cuenta de que el que venía era un sepulturero viejo y hecho polvo, que arrastraba una pala.

Aquel tipo murmuró:

—Parece que quiere usted aumentarme la clientela.

—Lo he hecho a la fuerza, porque ese pájaro ha querido liquidarme antes a mí.

—Cuerno... Y se ha escondido en esa fosa... Yo que la dejé limpia la semana pasada.

— ¿Conoce al fiambre?

— ¿Y quién no? Era Mulligan.

— ¿A qué se dedicaba? ¿A hacer obras de caridad?

El sepulturero rio.

—Según cómo se mire —dijo—. Desde luego, regalaba cosas. Por ejemplo, puñaladas y balas. Era un cabrón asesino a sueldo. Por unos cuantos dólares, mataba a su madre.

— ¿Quiere decir que alguien lo alquiló para quitarme de en medio?

—Puede estar seguro.

—Sí, ¿pero quién?

— ¿Y a mí qué me cuenta?

Johnny se pellizcó la mandíbula. Claro. Aquel sepulturero no podía saber nada de sus líos. De todos modos, le preguntó:

— ¿Conocía a Ramis?

— ¿El que está enterrado a poca distancia de aquí?

—Exacto. El mismo.

—Era un buen chico —dijo el sepulturero—, pero un mariconazo de espanto. Oiga, y no lo critico, de todos modos. Es que supongo que hay gente que nace así... ¿cómo diría...?, con el cuerpo algo cambiado. Con una parte de mujer. Ramis tenía voz femenina y formas femeninas. Era demasiado guapo para ser hombre. Y no le gustaban las chicas, claro. No le gustaban ni pizca. En cambio las mujeres se chiflaban por él, porque le encontraban algo excitante, me imagino. Y muchos hombres lo miraban de reojo, sin querer reconocer que les gustaba. Después de mirarlo, se ponían de mala leche y pedían que fuera expulsado de la ciudad. Imagino que es que les daba algo de vergüenza haber caído en un pensamiento así.

— ¿Usted lo conocía bien?

—No... ¡Qué va! Aunque tenía una casa comprada en la parte sur. Venía muy poco. Y puede decirse que cuando estaba en Tucson apenas salía de casa.

— ¿Tuvo usted la sensación de que cambiaba de fortuna últimamente? ¿De que tenía más dinero? Se lo voy a explicar más claramente: ¿cree que pudo ponerse de acuerdo con alguien para el atraco el Federal Reserve?

—Yo eso no puedo saberlo. Me muevo poco del cementerio, pero no he oído comentar nada.

— ¿Tenía un amigo llamado Peter?

— ¿Peter...? No. La verdad es que no lo oí nombrar.

— ¿Y Jack? Jack es el que le pagó la lápida.

—Tampoco se le veía —musitó el sepulturero—. Parece que era un tipo que entraba y salía de noche. Quizá le daba vergüenza que lo supieran liado con un marica.

—Pero al menos vendría al entierro. Usted le vería.

—Claro que lo vi. Era un hombre joven y guapo. Parecía muy hundido. Luego se fue de la ciudad, imagino que porque la casa estaría llena de recuerdos para él.

— ¿De qué murió Ramis? En la lápida dice que de un accidente.

—Sí. Parece que iba a caballo por la pradera cuando hubo un tiroteo entre dos bandas rivales de cuatreros, y a él lo alcanzó una bala perdida. Se refugió en un pajar, con la terrible mala suerte de que el pajar se incendió. Herido como estaba, no pudo salir a tiempo y se achicharró. El pobre quedó hecho un carbón, oiga. Daba angustia.

Johnny hizo crujir los nudillos.

—Mal final —dijo.

—No haga caso. En esta tierra le puede pasar a cualquiera.

—Desde luego. Gracias, amigo. Tome cinco dólares y entierre al pájaro ese donde pueda.

Señaló al de la fosa. Luego salió del cementerio mientras su cabeza runruneaba como el fondo de un volcán.

Las cosas no acababan de cuadrar. Ramis no podía haber sido cómplice de Peter en el asalto al banco, porque Ramis ya estaba muerto cuando aquel asalto se efectuó. Tampoco estaba claro que Peter hubiera sido amigo suyo. Nada concordaba de momento.

Y especialmente estaba el hecho de que alguien quería que Johnny no siguiera investigando. Habían tratado de matarle más de una vez. Unos ojos misteriosos estaban posados en cada uno de sus movimientos.

¿Pero los ojos de quién...?

Johnny no lo sabía.

Pero tuvo motivo para enterarse muy pronto.

# 6

Estaba sentado en el vestíbulo del hotel, pensando en todo aquello, cuando el gigantón se presentó ante él. Era un tipo armado hasta los dientes y con facha de enterrar al menos diez enemigos cada semana. Miró a Johnny con desprecio mientras éste ojeaba el periódico.

—Tú, basura, ponte en pie.

Johnny le miró de soslayo.

—Estoy muy bien sentado —dijo.

— ¿Quieres que te ponga en pie yo mismo?

— ¿Sí? ¿Y cómo lo vas a hacer?

—Te sujetaré por las pelotas.

Era una frase bastante salvaje, pero lo peor fue que el tío se dispuso a ponerla en práctica. Tendió una de sus manazas hacia el bajo vientre de Johnny.

Este no se estuvo quieto.

A nadie le gusta que le manoseen los gulis.

Por eso levantó fulgurantemente la pierna izquierda, atizándole al gigantón en la rodilla del mismo lado. Con eso le hizo perder el equilibrio durante menos de un segundo.

Para John Valley fue suficiente.

Mientras el gigante braceaba un poco para no caer, no pudo cubrirse. Y entonces el cuerpo de Johnny salió proyectado como por una catapulta, pero con los puños por delante. Los dos terribles impactos hicieron temblar hasta los cristales del hotel.

Uno de los ganchos fue a la mandíbula. El otro al párpado izquierdo, que dejó un ojo sin visión.

El tío sintió que se levantaba del suelo.

No entendía lo que ocurría.

Y siguió sin entenderlo.

Un alucinante cruzado al pómulo le cambió la barbilla de sitio. Los huesos ya habían sido muy castigados por el gancho anterior, de modo que ahora estuvieron a punto de salirle al gigante por las orejas. Todo el corpachón dio una especie de media vuelta en el aire.

Intentó cubrirse maquinalmente la cara. No veía apenas y tenía la sensación de que todos sus dientes habían saltado al vacío.

Con ello dejó completamente descubierto el hígado. No vio venir el alucinante zurdazo de Johnny.

El impacto resultó atroz. Los pulmones del gigante parecieron vaciarse de pronto. Su cerebro pareció quedarse sin sangre. Las rodillas se le doblaron como si fueran de papel.

Bajó las manos con un gesto de dolor. Su cara quedó de nuevo al descubierto, y el nuevo gancho lo envió contra el tablero de las llaves, que cayó sobre su cabeza.

Johnny dijo:

—Un poco tozudo el chico...

La voz suave y bien templada dijo entonces a su lado:

—No le pegue más.

—No pensaba hacerlo —murmuró Johnny—. Quiero escarmentarlo, no matarlo.

Y miró al hombre que acababa de hablarle. Era un sujeto delgado, bilioso y muy bien vestido, pero sin ostentación alguna. Se notaba que era uno de esos hombres que no necesitan exhibir el dinero porque lo han tenido toda la vida.

—Perdónele —dijo aquel hombre—. Tucker siempre exagera. Le he dicho que quería hablar con usted, pero él se ha pasado.

—Se ha pasado bastante —dijo Johnny—. ¿Quién es usted?

—El banquero Paniker.

—No recuerdo deberle ni un dólar —susurró Johnny.

—No me lo debe. A lo mejor es que quiero darle un préstamo.

—Pues no me lo dé porque tampoco le devolvería la pasta. Es un buen consejo, oiga.

— ¿Quiere que hablemos en serio un momento?

Johnny preguntó:

— ¿Usted me ha enviado a ese gorila?

—Sí, pero le pido que me perdone. No era mi intención molestarle.

—Yo tampoco quiero molestarle a usted, amigo, pero por si acaso manténgase a distancia. Y ahora hable.

Los nudillos del pistolero crujieron de una forma tan siniestra que Paniker se sentó al otro lado del diván, no fuera que le alcanzase un gancho.

—Bueno... —dijo—. Óigame bien, John Valley. Sé que usted es un pistolero a sueldo.

—Me han llamado cosas peores —dijo él.

—Sé también que le suelen contratar para una cosa muy extraña: para salvar en el último minuto a gente que va a ser ejecutada.

—Y yo acepto el contrato siempre que tenga la sensación de que el condenado es inocente —aclaró Johnny.

—La viuda de Peter le contrató para que salvara a su marido. Parece que usted no lo consiguió por unas décimas de segundo.

—Algo así.

—Con ello su trabajo quedaba terminado, John Valley, pero luego parece que se ha puesto a buscar pruebas de que Peter era inocente. ¿Por qué?

—Puedo hacer dos cosas —dijo Johnny—. Contestar a su pregunta o decirle que no le importa y a continuación partirle la boca.

—Más vale que haga lo primero. Será mucho mejor para los dos.

—Sobre todo para usted. Y si quiere saber por qué me meto en esto, le diré que hay dos razones. La primera es que por poco me cargo a dos agentes del sheriff, y tendré menos líos si demuestro que trataba de salvar a un inocente. La segunda es que me gustaría darle una alegría a la viuda. La tía está buenísima.

Paniker arrugó el ceño.

—Con todo esto me está perjudicando —dijo.

— ¿A usted?

—Sí.

—Creí que le favorecía, Paniker. Estoy tratando de recuperar el botín que se le llevaron.

—Mire, John Valley, usted es un pistolero y no entiende nada de esto. A mí me fastidia mucho que se me llevaran medio millón de dólares, pero el dinero no era mío, sino del Federal Reserve. Yo sólo soy el director de la sucursal asaltada. Por otra parte, el dinero estaba asegurado. Hay una casa de seguros en Washington que nos devolverá el dinero robado, ¿comprende?

—Sí. Les devolverán la pasta chorizada —dijo Johnny—. Entiendo.

—Eso es. Los detectives de esa compañía hicieron una investigación y llegaron a la conclusión de que el medio millón ya no iba a ser recuperado. A partir de ese momento están dispuestos a pagar.

—Felicidades.

—Maldita sea, sigue sin entender nada, John Valley, o hace ver que no lo entiende. Si se enteraran de que usted está investigando, pensarán que tal vez el dinero aún se puede recuperar, y por lo tanto retrasarán el pago. Eso no nos interesa ni a mí ni a mí banco. Lo único que queremos es que nos devuelvan el medio millón y el asunto se olvide.

—Sobre todo el asunto le interesa a usted, Paniker.

— ¿Por qué?

—Porque el banco recupera la pasta y usted continúa en el envidiable cargo que tiene.

—Eso no tiene nada de malo.

—Claro que no. Pero además gana el medio millón que hizo robar y que tiene escondido en algún sitio.

Paniker quedó al principio más pálido que una vela.

Después su rostro se fue volviendo espantosamente rojo.

— ¿Me está acusando? —barbotó.

—Tómelo como quiera.

—Oiga, John Valley... Yo he querido advertirle. No le conviene meterse en esto.

— ¿Y si me meto qué pasa?

—Se atendrá a las consecuencias.

— ¿Por eso me ha enviado primero a su gorila? ¿Para insinuarme lo que me puede pasar?

—Claro que sí. Pero la próxima vez no le enviaré un gorila. Le enviaré un asesino profesional.

Los labios de Johnny se separaron en una sonrisa cuadrada.

— ¿No lo ha hecho ya? —preguntó.

— ¿Qué trata de decir?

—Que han intentado matarme varias veces. Casualidad, ¿no?

—Maldito sea, John Valley. Le advierto que...

—Mire, Paniker, yo le deseo que cobre muy pronto su medio millón. Ya ve si soy buen chico.

— ¿Por qué me lo desea?

—Porque así se podrá pagar el entierro usted mismo y no se lo tendré que pagar yo. Últimamente, con lo que han subido los ataúdes, matar a un tío me resulta carísimo.

Y se puso en pie, dando la conversación por terminada. El banquero seguía rojo como una granada.

—Hijo de perra... —barbotó.

—Hombre, me ha dado una idea —susurró Johnny.

— ¿Qué idea?

—Esa misma frase se la pondré a usted en la lápida.

Y fue hacia el caído tablero, para recoger la llave de su habitación. Pero el gorila que aún estaba en el suelo dejó que rechinaran sus dientes mientras ponía la mano sobre la culata de uno de sus revólveres. Por un instante pensó que iba a ser más veloz que Johnny. Un febril brillo de triunfo apareció en sus ojos.

Fue el último.

Pero al menos el tío murió feliz. Murió pensando que iba a ganar. Johnny disparó desde la funda, con un instantáneo y seco movimiento.

La bala le alcanzó al gorila entre las cejas.

El tío acabó de quedar derrumbado y acabó también de tumbar el tablero de las llaves.

Johnny gruñó:

—Maldita sea, es el último ataúd que pago. Si esto sigue así, tendré que pedirle un préstamo al banquero Paniker. Y me parece que el cabrón no me lo va a dar.

Luego tomó su llave y se fue para arriba.

# 7

Mientras iba hacia su habitación, Johnny pensó que lo tenía resuelto todo. Paniker, el director de la sucursal asaltada, había organizado todo el mejunje del robo, quedándose con el medio millón y dándole una participación a Peter, el autor material del delito. Luego el seguro pagaba, el banco recuperaba su dinero y no se hablaba más del asunto.

Por eso a Paniker no le interesaba que nadie investigase. Por eso le molestaba Johnny. Y por eso había tratado de matarle varias veces, desde que aquel maldito asunto empezó.

Ahora sólo faltaba el choque definitivo.

Johnny lo sabía.

Paniker buscaría pistoleros. Y se produciría la última batalla.

Todo dependía entonces de su rapidez en disparar.

Johnny ahogó una maldición.

«Tenía que haberlo matado ahí abajo pensó mientras subía rápidamente las escaleras. Pero hubiera sido un asesinato. El tío muy astutamente estaba desarmado.»

Maldita sea.

Se dirigió a su habitación. Una criada del hotel iba por el pasillo con unas jarras de agua.

—Perdón, señor —dijo muy educadamente—. Acabo de dejar agua en su habitación. ¿Quiere que le cierre la puerta?

—No, gracias. De todos modos iba a entrar —dijo Johnny.

En efecto, la puerta estaba abierta al haberla dejado así la criada poco antes. Johnny pasó al interior y cerró maquinalmente a su espalda. Inmediatamente tuvo la sensación de que alguien estaba allí, esperando. Tuvo la sensación de la muerte.

Pensó: «He sido un idio...»

Pero sus pensamientos se cortaron al ver a la persona que le esperaba allí. Al ver las caderas poderosas. La boca como una fruta abierta. Los senos potentes.

Ana musitó:

— ¿Sorprendido...?

—Bu... bueno... La verdad es que sí.

—Me hospedo en este mismo hotel.

—Es una feliz idea —dijo Johnny.

—Sabía cuál era tu habitación porque lo he leído en el libro de registro. Y he visto que la puerta estaba abierta.

—Es verdad. La doncella acababa de dejarla así.

Y Johnny fue incapaz de decirle una palabra más. La tía estaba mejor que nunca. Dejaba sin respiración a cualquiera. Fue ella la que tuvo que decir al cabo de unos instantes:

—He visto lo de abajo, Johnny. Estaba en lo alto de la escalera cuando hablabas con Paniker.

—Entonces creo que ya sabes lo que pasó. Paniker es el auténtico criminal. Es posible que diera una participación a tu marido.

—No.

— ¿Por qué no?

—Porque Peter me lo hubiera dicho. Además, Peter no era de los que buscan el dinero. Le gustaba ser un hombre sencillo. Tenía un empleo y no aspiraba a más. Por ganar unos dólares de una manera sucia no hubiera dado ni siquiera un puñetazo en el aire.

—Pero él se confesó culpable...

—Quizá le amenazaran de una forma indirecta —dijo ella—. Quizá le amenazaran con matarme a mí si no lo hacía.

Y pareció hundirse. Tuvo que sentarse en el borde de la cama mientras todo su cuerpo temblaba un momento.

—Todo es posible —admitió Johnny—. Por lo que he ido sabiendo de Peter, era un hombre muy bondadoso. Y es posible que se asustara al pensar que iban a matarte a ti. Si no llega a confesar, nadie le hubiera acusado, me parece, o al menos no le hubieran podido acusar con pruebas serias. Cuando hizo el asalto, si es que lo hizo él, iba enmascarado y llevaba un guardapolvo. Nadie lo reconoció.

Ella hizo una mueca de tristeza.

—No nos engañemos, Johnny —dijo—. Tú me estás ayudando y yo no te puedo mentir. Tú no estuviste en el juicio, pero yo sí. Y comprenderás que para que mi marido confesase, tenía que haber antes una acusación con ciertas pruebas. Y esas pruebas existían. A Peter le encontraron unos billetes de los robados en el banco. La numeración estaba registrada. No de todos, pero sí de parte de ellos.

—Di...diablos.

—Noto que te sabe mal, Johnny.

—Me hubiera gustado demostrar que Peter era inocente.

—Es que yo pienso demostrarlo, Johnny. Por eso estoy aquí. Peter pudo ser inocente. Tal vez alguien le dio ese dinero o le pagó con él, para a continuación hacer que lo arrestasen.

—Es más que posible. Si Paniker, por ejemplo, organizó el atraco, también podía organizar la captura de un falso culpable.

—Por eso estoy aquí—musitó ella—. Ya ha sido ahorcado, pero al menos queda limpia su memoria. Pienso hacer averiguaciones en el lugar donde el atraco se cometió.

—Eso dice mucho en tu favor, Ana.

Ana se puso en pie. Paseó por la habitación reflexivamente, con las manos unidas a la espalda, como sumida en una gran preocupación. Ella no debía de darse cuenta, pero de ese modo su busto estaba rígido y los poderosos senos destacaban aún más. Encima la tía balanceaba el trasero al andar. Era de esas mujeres que te ponen a cien sólo verlas.

Johnny intentó pensar en otra cosa mientras musitaba:

—No te conviene estar en esta ciudad, Ana. Van a pasar cosas.

— ¿Qué cosas?

—Lo de Paniker no quedará así. Verás tú qué pronto me envía una escuadrilla de asesinos. Habrá un buen tiroteo, y cuando eso suceda no te convendrá estar cerca.

—Tienes... razón.

—Entonces vete.

—Pero es que yo he venido también por otro cosa, Johnny.

— ¿Qué cosa?

—Yo quería a Peter.

—Ya lo veo.

—Yo tengo un alma. Mi alma está llena de cariño hacia él.

—Lo sé.

— ¿Y...?

—Mi cuerpo necesita algo más que un recuerdo. Soy una viuda demasiado joven para... para...

Y le miró fijamente.

Con sólo su mirada ya parecía calentar al aire.

Allí estaban sus ojos profundos.

Su boca fresca y viciosa. Sus senos potentes.

Sus caderas que esperaban la embestida. Sus piernas que estaban diciéndome: «Sujétame y no te caigas.»

Johnny se sujetó.

Buscó su piel tersa y suave.

Sus curvas potentes.

Su boca fresca.

Ella también se apretó con ansia.

Y todo lo que dijo fue:

—Ya era hora, cabronazo, de que te dieras cuenta.

# 8

John Valley esperaba de un momento a otro el ataque de los hombres de Paniker. Por eso, durante el día siguiente, no se movió apenas del vestíbulo del hotel, desde donde podía observar bien lo que pasaba en la calle. Pero nada sucedió.

Algo importante había conseguido, sin embargo: lograr que Ana se largara de la ciudad. Tal como estaban las cosas, mejor era que ella estuviese lejos. Además, ya se encargaría él de recuperar el dinero, si podía, y de demostrar la inocencia de Peter.

Durante su permanencia en el hotel no perdió el tiempo. Habló con diversas personas, y por una de ellas supo que el viejo cajero del banco estaba enfermo. Johnny dedujo que tal vez aquel hombre le podría dar detalles desconocidos sobre el atraco, detalles que tal vez demostrarían que Peter no había intervenido en él.

De modo que preparó su revólver y fue a verlo. El viejo vivía en un lugar de la ciudad bastante apartado, entre dos callejones. Estaba bastante enfermo y apenas podía hablar, pero recordaba las cosas perfectamente.

—Yo... yo no reconocí al que hacía el atraco... —farfulló—. Llevaba un sombrero, una máscara y un impermeable... Así es imposible identificar a un hombre. Pero podía ser Peter, de eso estoy seguro.

— ¿Usted le conocía de antes?

—Sí. Tenía a veces a hacer ingreso en nuestro banco. Él no vivía en Tucson, ya sabe usted que no... Pero hacía viajes hasta aquí cuatro o cinco veces al año. Gestionaba los créditos que nosotros concedíamos a la empresa en la cual él trabajaba, y eso le obligaba a ver al director y verme a mí.

—Pero si iba bien camuflado... ¿cómo puede pensar que era él?

—No digo que lo fuera. Digo que es posible... Por eso no quise ir a testimoniar en el juicio. Si no estaba seguro, más valía que no declarase... Pero podía ser Peter porque él me había visto abrir muchas veces la caja fuerte. Y eso tiene su técnica... Un atracador ignorante no hubiese podido hacerlo. Hay dos cerraduras, una arriba y otra abajo, pero tienes que abrir primero la de abajo, porque en caso contrario las dos quedan bloqueadas. Y hay que dar las vueltas de llave no a la derecha, sino a la izquierda, o sea al revés. Exactamente como si fueras a cerrar. Todo parece sencillo, pero hay que saberlo... Cuando yo, bajo amenaza del revólver, dejé las llaves sobre la mesa, el asaltante las tomó, seleccionó la buena sin ninguna vacilación y luego abrió como si lo hubiese visto hacer muchas veces. No tuvo un fallo.

Johnny se pellizcó la mandíbula.

Demonios, todo aquello era un mal asunto. Claro que las palabras del cajero no probaban que el asaltante fuese Peter, ya que otras personas podían conocer toda aquella combinación.

Pero el hecho de que le hubiesen encontrado encima unos billetes robados, junto con lo que el cajero decía, formaban una combinación que olía mal, demasiado mal. Peter podía perfectamente ser el culpable.

Y si además lo había confesado, ¿por qué dudarlo?

Bueno, más valdría que pensara exclusivamente en recuperar el dinero. La inocencia de Peter no la podría demostrar jamás. De modo que se puso en pie, abandonando la cabecera del enfermo.

—Gracias por sus palabras —dijo—. Espero que se ponga pronto bien.

—No me pondré bien mientras no me den dos medicinas —susurró el cajero, que parecía estar al borde de la muerte.

— ¿Qué dos medicinas?

—La primera, una botella de whisky.

— ¿Y la segunda?

—Una tía.

—Jolín con el viejo —musitó Johnny.

Y salió a la calle.

Mal hecho.

Tenía que haberlo pensado antes.

La figura con el rifle estaba apostada en la esquina misma del callejón, y actuó de una forma rápida y certera. El arma que tenía era automática, y envió en un instante cinco balas seguidas.

Si ninguna de aquellas balas alcanzó de lleno a John Valley fue por una pura casualidad, unida a la diabólica experiencia del pistolero. La casualidad fue que Johnny llevara el sombrero en la mano, a la altura de los ojos, dándole vueltas con el dedo, en lugar de llevarlo en la cabeza. A causa de la penumbra del callejón, el misterioso tirador no pudo ver bien eso y pensó lo más lógico: que la cabeza estaba dentro del sombrero. Por eso lo hizo volar con las dos primeras balas.

La experiencia de Johnny le salvó a continuación. No se estuvo quieto ni una décima de segundo, porque estarse quieto era la muerte. Se lanzó de bruces hacia la zona más oscura, mientras las otras tres balas estallaban contra la puerta de la casa.

El portador del rifle se despistó entonces un instante. No veía a Johnny. No sabía si le había dado o no. Por eso disparó al azar, intentando cubrir todo el callejón, y los fogonazos lo descubrieron.

Johnny lo vio y disparó dos veces instantáneamente, pero no podía hacer blanco.

De modo que los proyectiles rozaron a su enemigo, pero sin alcanzarlo.

El del rifle se dio cuenta, sin embargo, de que habían cambiado las tornas.

Johnny estaba vivo y con un arma mucho más rápida que la suya. Por lo tanto giró a gran velocidad, mientras soltaba el rifle. Las sombras se lo tragaron.

John Valley lanzó una maldición.

Fue tras él.

Aquella parte de la ciudad estaba mal iluminada y llena de almacenes, o sea que había bastantes callejones vacíos. Al final de uno de ellos le pareció ver la silueta fugitiva.

Era difícil alcanzar a aquel tipo, pero lo podía intentar, Johnny había tumbado blancos más lejanos.

Por lo tanto sujetó el revólver con las dos manos, tendió los brazos firmemente, entreabrió las piernas para estar mejor asentado en el suelo y apuntó. Tenía muchas probabilidades de tumbarlo. Además, aquel fugitivo estaba a punto de llegar a una luz. Cuando pasara bajo ella... ¡bang!

Johnny apretó los labios.

Más valía que rezara por el fugitivo. Le iba a dar.

Vio cómo llegaba a la luz.

Y entonces sus ojos de halcón pestañearon con asombro. Porque había descubierto, aunque fuera a aquella distancia, algo que no eran normal. El tipo que había tratado de matarle iba vestido de hombre, desde luego, pero tenía los relieves muy abultados y corría a saltitos, como los maricas. Ningún vaquero de verdad hubiese tenido aquellas líneas y hubiera corrido como él.

Podía apostar diez contra uno a que el tipo que se estaba dando el piro era... ¡Ramis! ¡El amiguito de Peter! ¡El que había fingido que estaba muerto!

Johnny musitó:

—Diablos...

Y bajó el revólver.

No se atrevió a disparar.

Porque aquel tipo era la única prueba viva que tenía.

# 9

Lo persiguió con toda la velocidad de sus piernas, pero no pudo dar con él. Tucson empezaba a ser una ciudad demasiado grande, y un fugitivo podía esconderse muy bien. Después de correr por varias calles y callejones, Johnny suspiró desalentado.

Había perdido la pista.

Pero aquella noche, mientras pensaba a solas en la cama del hotel, los pensamientos volvieron a su cerebro como martillazos.

Cada vez estaba más claro que era verdad eso de que Peter había tenido un amiguito llamado Ramis. Los dos debían de ser del ramo del agua. Le sabía muy mal tener que pensar eso, pero era así. Peter había efectuado el atraco y le había dado a Ramis el botín. Ramis necesitaba desaparecer a fin de poder disfrutar aquel botín con tranquilidad. Por lo tanto había elegido a un pobre tipo, lo había achicharrado, hasta dejarlo convertido en un pedazo de carbón irreconocible, y luego algún cómplice había asegurado que aquello era el cadáver de Ramis.

Pero Ramis estaba vivo y trataba de quitar de en medio los estorbos. El principal estorbo era el propio Johnny. Por eso había intentado coserlo a balazos.

A la mañana siguiente, Johnny decidió ir a ver mejor la casa del marica. Ana ya no estaba en la ciudad, porque al fin se había largado siguiendo sus consejos, y por lo tanto él tenía completa libertad de acción. Recargó el revólver y fue a la casa donde ya había estado una vez.

Vio que todo seguía tal como lo encontró aquella noche. Ninguna novedad se había producido allí, y por lo tanto era bien difícil que pudiera encontrar nuevas pistas.

Pero se equivocaba.

Le esperaba una buena sorpresa.

La tuvo cuando entró en el dormitorio.

El tío estaba tumbado de espaldas. Yacía en la cama. Lo que Johnny tenía delante de los ojos era asombroso.

Y en especial cuando oyó la voz.

Era una voz de hombre, pero que preguntaba dulcemente:

— ¿Sorprendido, cariño?

Johnny tuvo que tragar saliva dos veces. Se mareaba. Acostumbrado al trato con hombres de verdad, todo aquello era para él una especie de sueño o tal vez una pesadilla.

¿Qué diablos estaba pasando?

Con el revólver a punto preguntó:

— ¿Quién eres?

— ¿Y lo preguntas? Yo traté de matarte anoche y luego tú me perseguiste por toda la ciudad. ¿Ya lo has olvidado?

Johnny Valley sintió que se le tensaba el cuello.

Apenas pudo barbotear:

—Ramis...

—Ese es mi nombre.

—Pero tú tienes una sepultura en la ciudad... ¿Qué infiernos ocurrió?

—No me digas que no lo has pensado —susurró la misma voz de hombre, pero una voz pastosa y equívoca que parecía tener los dos sexos a la vez—. Resulta fácil matar a otro hombre y quemarlo. Luego siempre se puede decir que aquel cadáver irreconocible es el tuyo.

—Claro que lo había pensado —masculló Johnny.

Y se fijó en el tío que estaba tumbado de bruces en la cama, o sea siempre de espaldas a él, que estaba en la puerta de la habitación. Johnny se tuvo que fijar a la fuerza en una serie de cosas, aunque no estuviese acostumbrado a ellas.

Por ejemplo, las ropas del marica eran tan ceñidas que, tumbado como estaba en la cama, moldeaban todo su cuerpo. Y había de reconocer, aunque a Johnny le reventase tener que admitirlo, que ese cuerpo era de lo mejor formado que había visto en su vida. Por otra parte las botas vaqueras ayudaban a ceñir aún más los pantalones, de modo que el resultado hubiera sido turbador para cualquiera.

Johnny estuvo a punto de lanzar una maldición.

No le gustaba tener que reconocer eso.

Se avergonzaba.

Por otra parte, el marica llevaba el pelo largo, cosa no tan extraña en la época, puesto que hombres muy hombres, como Buffalo Bill y el general Custer lo habían llevado también. Pero, tal como estaba, no se podía ver en absoluto su rostro.

La voz dijo:

—No esperabas encontrarme aquí, ¿verdad?

—Diablos... No.

—Y tan indefenso...

—Supongo que estás esperando que te clave una bala en el culo —dijo brutalmente Johnny.

—Antes quiero hablar contigo.

— ¿De qué?

—Tú quieres demostrar la inocencia de Peter.

—Supongamos que sí.

—Y recuperar el dinero.

—También —admitió Johnny.

— ¿Por qué?

—No olvides que soy un aventurero. Si recupero la pasta, la casa de seguros me dará un buen pellizco.

El tío tumbado de bruces en la cama siguió preguntando, siempre sin volverse:

—Y crees que el dinero lo tengo yo, ¿verdad?

—Naturalmente que lo creo. Pero hay otra cosa que quiero hacer antes de recuperar la pasta.

— ¿Qué?

—Verte la cara.

No sé para qué. Ya me ves el tipo. A mí me gusta estar tumbado dando la espalda a los hombres.

Johnny sintió una rabia sorda mientras mascullaba:

—Maricón.

— ¿Crees que me ofendes con eso?

—Yo imagino que no. Te lo tienes muy bien sabido.

—Pues entonces no te molestes.

—De todos modos, voy a verte la vara te guste o no —dijo John Valley, masticando su rabia.

—Es una tontería. Mi cara la tienes ahí.

Y señaló con una mano el retrato situado en la mesilla. Tenía razón al hacer aquel gesto, puesto que su cara estaba allí. Pero Johnny no se conformó. Fue a dirigirse hacia la figura tumbada en la cama, dispuesto a hacerla volverse del otro lado con un par de zarpazos. En aquel momento no se acordaba de nada más, no pensaba en nada más.

Mal asunto.

Un pistolero debe estar siempre atento a lo que pueda ocurrir a su espalda. Y Johnny se dio cuenta de que había cometido un error cuando ya era demasiado tarde. Justamente cuando oyó aquella voz.

La voz, ésta realmente de hombre y dotada de una dureza metálica, dijo desde la puerta:

—Más vale que te estés quieto, John Valley. Y más vale también que sueltes tu petardo.

El joven pistolero no se volvió. Pero sabía que acababa de caer en una trampa. La figura tendida en la cama no había hecho más que llamar su atención, atraerle y hacer que se olvidara de todo lo demás. Mientras tanto el enemigo se situaba a su espalda.

Y encima no era un enemigo, sino varios, porque el ruido de las pisadas indicó a John Valley que se trataba al menos de tres hombres. Estaba tan perdido como un condenado con la soga al cuello.

Por eso obedeció. Dirigió la derecha al revólver, y entonces la misma voz ordenó:

—Con dos dedos. Y cuidado con hacer un solo movimiento que no nos guste. Luego vuélvete.

Él dejó caer el arma y se volvió. Pudo ver a tres hombres en la puerta, a menos de un paso de distancia. Los tres le apuntaban y podían coserle a balazos en fracciones de segundo.

Se dio cuenta de que los que estaban allí eran gente alquilada, asesinos a sueldo. Y se maldijo a sí mismo por haber caído en una trampa en la que nunca debió caer.

—Supongo que no habéis venido a darme la bendición —dijo secamente.

—La bendición te la daremos después de muerto.

—Os ha pagado Ramis, ¿no?

—Eso lo averiguarás en el otro mundo.

Johnny miró hacia la cama. El tipo vuelto de espaldas no se había movido. Al parecer, le gustaba tanto aquella postura que el muy hijo de perra no pensaba cambiarla. Pero sin embargo, se oyó muy bien su voz ligeramente aflautada cuando dijo:

—Matadle.

—Oye, mariconazo —dijo Johnny—. Yo pensaba que te gustaría verme morir. Si sigues en esa posición, te vas a perder el espectáculo.

—No me importa. Ya te veré después de muerto. Y es que, aunque no lo creas, detesto la violencia.

Los tres hombres que estaban en la puerta rieron quedamente. El asunto era tan fácil para ellos que no merecía la menor atención. Apuntaron mejor a Johnny y se aprestaron a disparar.

Fue un error.

Si Johnny se había confiado demasiado antes, ahora se confiaban demasiado ellos. No vieron que estaba materialmente al lado de la puerta entreabierta. Y de que podía cerrarla con un solo puntapié.

Eso fue lo que hizo Johnny. Sólo su pierna derecha se movió fulgurantemente y por sorpresa, ya que el resto de su cuerpo estuvo quieto y sus ojos ni siquiera miraron la puerta, para que sus enemigos no sospecharan. Pero de pronto, en un parpadeo, la puerta les estalló materialmente en la cara, al tiempo que apretaban los gatillos.

El terrible impacto de las balas hizo que la puerta saltara casi de sus goznes, pero lo importante para John Valley fue que los proyectiles no le alcanzaron. Además, sus tres enemigos le perdieron por un momento de vista, mientras lanzaban una triple maldición.

Claro que el pistolero seguía estando en una posición desesperada. Los enemigos entrarían inmediatamente, y aunque había una ventana en la habitación no iba a poder alcanzarla de un solo salto. Por otra parte, notó que la mano derecha de Ramis aparecía sujetando el Colt que hasta aquel momento había tenido debajo de su cuerpo.

Johnny hizo entonces algo que sólo un hombre de fuerza hercúlea podía hacer. La desesperación logró también que se multiplicara su vigor. Con la mano izquierda posada debajo de la cama, la levantó de un solo tirón. Todo su cuerpo estaba tan tenso como un resorte de acero que fuera a romperse. Sus huesos crujieron.

Pero lo consiguió.

Fue un esfuerzo de gigante.

La cama quedó vertical unos instantes, antes de estrellarse contra la puerta. Ni que decir tiene que Ramis salió despedido contra sus propios compañeros, que estaban ya abriendo la puerta.

Se oyó un grito casi femenino.

Y de nuevo una triple maldición.

Nadie había esperado aquello.

Ramis no murió por milagro, ya que los tres asesinos iban a disparar de nuevo cuando se les vino encima. Sólo su rapidez de reflejos impidió que apretaran los gatillos. Pero encima cayeron todos en confuso montón mientras la cama servía además de parapeto para Johnny.

Este lanzó un grito.

Se flexionó, tomó su revólver, que seguía en el suelo, y disparó dos veces con él a través del colchón. Supuso que no había dado en el blanco, porque no podía ver a sus enemigos, pero al menos les obligó a lanzarse de cualquier manera por el suelo. Los disparos que ellos hicieron a su vez se perdieron en las paredes.

Johnny comprendió que no podía quedarse allí. Ante cuatro enemigos, tenía las de perder. Por lo tanto tomó impulso y se lanzó de cabeza contra la única ventana.

La rompió con el peso de su cuerpo y voló materialmente, contorsionándose en el aire. Mientras caía, escuchó de nuevo las maldiciones de los tres asesinos y los disparos que acababan de destrozar la ventana rota.

Lamentó no escuchar a Ramis.

Los grititos de los maricones empezaban a gustarle.

# 10

Pese a haber caído desde un primer piso, supo mantenerse en pie. Flexionó las rodillas cuando sus botas tocaron el suelo, y ni por un solo momento perdió la vertical. Luego dio otro salto, porque seguía corriendo peligro. Se encontraba en una zona de luz y podían tirotearle desde la ventana.

Chocó contra la pared de una casa pero ahora ya en zona oscura. Al instante se dio cuenta de que había hecho bien, porque uno de los gorilas asomó por la ventana y empezó a barrer con plomo la calle. No alcanzó a Johnny porque no pudo verlo.

Johnny alzó el revólver y le envió dos balas, pero justo en el momento en que su enemigo se apartaba de la ventana. Ahogó una maldición al darse cuenta de que no lo alcanzaba.

Entonces empezó a deslizarse con rapidez, siempre pegado al suelo y sin salir de la zona de sombra. Sus enemigos seguían teniendo una posición más favorable y podían acribillarle si sabían dónde estaba.

Por fin, al doblar la esquina, se puso en pie y respiró con alivio. La situación había cambiado por completo en favor suyo.

No sólo estaba vivo, sino que sabía dónde se hallaba el botín. Y sabía también que Ramis no era el que yacía en aquella sepultura del cementerio de Tucson. Cazar a aquel tipo sería un juego de niños, porque a causa de su voz y de sus relieves más bien femeninos, no podría esconderse en ninguna parte.

Un hombre cargaba en un carro pequeños barriles de whisky, ya en una zona a la que no podían llegar las balas. Vio venir a Johnny con el revólver en la mano y preguntó:

— ¿Ha sido usted el que ha armado todo ese jaleo?

— ¿Por qué?

— ¿Y lo pregunta? Toda esta parte de la ciudad parecía como si se hundiese. Menudo concierto de plomo.

—Sí, he sido yo. Han estado a punto de matarme en la casa donde vive ese invertido llamado Ramis.

—No sé por qué dice eso. Ramis murió.

— ¿Pero usted le conocía?

—No. No se le veía nunca —dijo el de los barriles, colocando uno más en el carro—. De todos modos se sabía que existía. Había circulado la voz de que en esa casa vivía un marica, y como por aquí maricas no hay demasiados, pues a la fuerza tenía que llamar la atención.

— ¿Pero de todos modos no se le veía?

—No.

—Es extraño.

—A mí no me lo parece tanto. Ya sabe que aquí la gente no perdona esas cosas de la mariconería andante. Cuando en un sitio como Tucson se sabe que un tío es de la acera de enfrente, se le hace la vida imposible, y por lo tanto no le queda más remedio que no salir de casa.

—Es verdad —reconoció Johnny.

El de los barriles movió uno de ellos con una sola mano. Era un tío que al menos pesaba cien kilos.

—Se decía que tenía un amiguito —añadió—. Pero, bueno, esas cosas no se comprobaron jamás. Aquella casa era un misterio. Aunque algunas personas aseguraron haber visto al tal Ramis entrando o saliendo alguna vez, siempre de noche.

—Ya.

—Pese a no haberle visto nunca bien, aseguraron que tenía unas formas muy... muy tentadoras. Como las que hubiera podido tener una mujer, aunque esté mal decirlo. Cuando uno explica cosas así, parece que también se esté volviendo del ramo del agua, ¿entiende? Y al que piense eso de mí, le aplasto un barril en la cabeza.

—Le aseguro que yo no lo pienso —murmuró Johnny, por si acaso.

—En fin, que esa clase de hombres quizá no tengan la culpa ellos —accedió a reconocer el otro—. Un médico me explicó una vez que son problemas de nacimiento. Nacen con más parte de mujer que de hombre. En cambio hay tías con bigote que tienen más de hombre que de mujer. Vaya lío.

— ¿Entonces no sabe usted si ese tal Ramis tenía la costumbre de ir a algún sitio determinado? —preguntó Johnny.

Eso era lo que quería: tener más pistas para atrapar a Ramis. Pero el de los barriles se encogió de hombros.

—La verdad es que no —dijo—. Y además no me importa. ¿Tengo yo pinta de ir a sitios donde vayan los maricas? ¿Eh? ¿Tengo yo pinta de eso? Vamos, dígalo otra vez.

Y levantó otro de los barriles con una sola mano, disponiéndose a lanzarlo sobre Johnny.

Este hizo un gesto de paz, porque no tenía el menor interés en que lo enterraran demasiado joven y encima bañado de whisky. Musitó:

—Jamás se me ocurría decir eso. Al contrario, tiene usted pinta de liarse con tres tías a la vez.

El otro abrió unos ojos como platos.

— ¿Y dónde encuentro yo tres tías? —preguntó—. Diga, ¿dónde?

Antes de que la cosa se complicara, Johnny Valley decidió largarse de allí. No iba a averiguar nada más, y por otra parte tampoco sería tan difícil encontrar de nuevo a Ramis. Fue a echar un trago a algún sitio cercano, porque después de los últimos follones tenía la garganta más seca que un pedazo de desierto.

Creyó que los peligros habían pasado.

Pero se equivocaba.

Alguien más había decidido su muerte.

Dos hombres armados con rifles esperaban en una esquina cercana. Y otro que estaba a su lado, esperando el momento propicio, susurró:

—Ahora...

La encerrona estaba bien montada, y Johnny no tenía modo de escabullirse. La verdad era que no esperaba más peligros por el momento.

Esa era la razón de que andará despreocupadamente. Hasta que de pronto le pareció que una especie de obús volaba sobre su cabeza.

Pensó: «Si me alcanza, me mata.»

El propio vozarrón del tío al que acababa de dejar le puso sobreaviso. El de los barriles estaba gritando:

— ¡Ahora que lo pienso mejor! ¡Me ha preguntado demasiadas cosas sobre los maricas! ¡A lo mejor piensa que lo soy! ¡Pues Tomeeeeee...!

Le estaba arrojando uno de los barriles. Johnny tuvo el tiempo justo para ladearse y esquivarlo, porque de lo contrario el artefacto le abre el cráneo y le convierte la tapa de los sesos en una copa llena de whisky. Se lanzó en plancha a tierra, y el pequeño barril —pero que lleno pesaba sus buenos cuarenta kilos— le pasó por encima de la cabeza.

Lo que también le pasó por encima de la cabeza fueron las balas. Los dos hombres de los rifles habían disparado a la vez y con una excelente puntería. Lo que no contaban era con que Johnny se moviese de aquella manera.

Los plomos se estrellaron contra una pared del otro lado de la calle. Uno de ellos atravesó el barril, que empezó a manar whisky. El suave aroma hizo que despertaran de pronto todos los borrachos que dormían en los porches. El estruendo de los disparos no les había hecho ni mover un párpado, pero entre el olorcillo del whisky empezaron a pegar brincos.

— ¡Ondia!

— ¡Aquí hay mejunje!

— ¡Y sin pagar!

— ¡La madre que los parió!

Mientras tanto, Johnny había dado dos rápidas vueltas sobre sí mismo, comprendiendo que se hallaba en una encerrona. Otras balas fueron en su busca, pero por fortuna estaba en una zona de sombra. Varios cráteres de tierra se alzaron ante sus ojos.

Los dos tipos que acababan de disparar estaban desconcertados. No podían entender lo del barril. Y el que se encontraba medio agazapado tras ellos barbotó:

— ¡Idiotas! ¡Habéis fallado!

Y sacó un revólver para disparar a su vez. El sí que veía ligeramente a John Valley. Se adelantó un paso y apretó el gatillo.

Pero aquel tipo no era un profesional. No tenía puntería, y por lo tanto falló. Uno de los tipos de los rifles le apartó de un manotazo mientras gruñía:

— ¡Apártese! ¡Usted no es más que un director de banco! ¡No sabe disparar!

En efecto, era el director del Federal Reserve, sucursal de Tucson, el que había montado la trampa contra John Valley. No estaba dispuesto a que siguiera investigando más. Pero acababa de fallar la primera oportunidad, y con hombres como Johnny las oportunidades no se repetían.

Su revólver brilló quedamente. Desde su peligrosa posición, en el suelo, podía ver también el leve brillo de los rifles de sus enemigos apostados en la esquina.

Disparó hacia allí. Oyó un leve gruñido, señal que al menos había herido a uno de los enemigos. Los rifles desaparecieron.

Johnny se puso en pie de un salto y corrió hacia la esquina. Lo hizo en parte para perseguir a sus atacantes y en parte para huir del tío de los barriles, que no había acabado de entender bien la cosa y venía lanzado, llevando un barril en cada mano, mientras aullaba:

— ¡Esto es una pelea de mariconeeeeees! ¡Yo los matooooo!

Johnny se encontró en la oscura esquina. Por un instante pareció desconcertado. Pero vio en la penumbra, al otro lado de un callejón, el leve brillo de los cañones de los rifles y el leve brillo de las espuelas de sus dueños.

Hizo un solo disparo, e instantáneamente se arrojó al suelo. Hizo bien, porque una bala se empotró en la esquina, justo donde él había estado antes.

Pero la bala de Johnny ya había encontrado su objetivo. Un hombre retrocedió como un borracho, hasta encontrar la pared del otro lado del callejón. Cuando retiró los dedos de su herida en el pecho, los tenía empapados en sangre.

El otro retrocedió disparando rabiosamente. Suponía que así podría alcanzar a Johnny. Pero éste fue su error.

Aquellos fogonazos en la penumbra eran como una serie de puntitos luminosos que señalaban su trayectoria. Johnny disparó implacablemente hacia el final de aquella línea.

Se oyó un grito de dolor, e inmediatamente el rumor de un cuerpo que se derrumbaba. Johnny corrió hacia allí, con el arma a punto para vomitar plomo otra vez.

Pudo ver confusamente que dos hombres yacían en el suelo. Uno de ellos estaba espantosamente quieto. El otro se movía aún. Johnny avanzó hacia él sin darse cuenta... ¡de que tenía un tercer enemigo a la espalda!

En efecto, el director del banco le apuntaba ya. Pero estaba tan nervioso que su derecha temblaba espasmódicamente. Era un cobarde cuyos dientes castañeteaban. Y fue ese leve crujido lo que alertó a Johnny. Se volvió con la rapidez del rayo.

Vio apenas una silueta.

¡BANG!

Pero no acertó. Los cobardes siempre tienen, al principio, más posibilidades de sobrevivir que los valientes. El director del banco había retrocedido, lanzando un grito de horror, al ver que el otro se volvía.

La bala se estrelló en la esquina. Johnny fue a correr hacia allí, dispuesto a perseguir a su último enemigo, pero su instinto le hizo comprender que allí podía acechar una nueva trampa. Por lo tanto se mantuvo en la misma posición y volvió a arrodillarse junto al hombre caído.

Este gemía entrecortadamente. Johnny no necesitó mirarlo demasiado para darse cuenta de que la bala era mortal.

Murmuró:

—Lo siento... No me gusta hacer sufrir a la gente.

—Tampoco yo pensaba hacerte sufrir a ti... Pensaba enviarte al infierno pero... pero he perdido... Y encima no me han pagado lo que me habían prometido por matarte...

— ¿Quién te contrató?

—El cabrón de... de...

—Habla de una vez. Te quedarás más tranquilo.

—El director de la sucursal del... Federal Reserve...

—Me lo temía —dijo Johnny—. Apuesto lo que sea a que ese tipo organizó el atraco de su propio banco. Por un lado se ha quedado el dinero y por otro piensa cobrar el seguro. Naturalmente que un tipo como yo le estorba. Desea verme muerto.

—Pues ha estado a punto de... de conseguirlo...

—No hables más. No malgastes fuerzas.

Era un buen consejo, pero el otro dijo con un estertor:

—O... oye... Dile a ese cerdo que me pague el entierro... Es lo menos que puede hacer... Y que invite a whisky del caro a todos los que vengan a escupir sobre mi tumba...

Dejó caer la cabeza a un lado y quedó rígido. Johnny le cerró los ojos. No tenía ningún motivo para apreciar a aquel tipo, pero al menos debía reconocer que había muerto como un verdadero profesional. Había perdido y había pagado sin quejarse. Ya estaba.

Johnny guardó el arma y se alejó de allí, en dirección a la zona más oscura, porque oía ya las pisadas de gente que se estaba acercando. No le gustaba ahora encontrarse con nadie, y menos con el tío de los barriles. Si se empeñaba en que eran maricas, era capaz de matar a los muertos otra vez y matarle a él de paso.

Fue en dirección al centro de la ciudad.

Y entonces oyó la voz al pasar junto a un porche. —Johnny...

Johnny se volvió.

Y pudo ver algo muy distinto de la muerte, aunque quizás era también mortal. Pudo ver los labios rojos. Las curvas potentes. Los parachoques como una máquina de tren. Pudo ver, en resumen, a la tía más buena de la ciudad de Tucson.

Lo que ya es decir.

Porque en Tucson había mujeres sensacionales. Por eso en el cementerio se encontraban numerosas lápidas de hombres con esta sencilla inscripción: «murió de cansancio.»

# 11

Johnny dijo con sorpresa:

—Ana...

La verdad era que no lo esperaba. Ella sonrió mientras avanzaba con un suave balanceo de sus curvas.

—Pareces muy asombrado, Johnny.

—Pues claro que sí... Me dijiste que te ibas de la ciudad. Que volvías a casa.

—Y lo hice. Pero he regresado a Tucson.

— ¿Por qué?

Ella musitó:

— ¿Y lo preguntas...?

Tenía los labios cada vez más suaves, más gordezuelos, más atrevidos, más golosos.

—Entra —añadió.

Era una casa alquilada, o sea que tenía unos muebles más bien convencionales y poco cuidados, sin ningún sello personal. Pero no podía negarse que la casa era amplia y tenía cierta gracia. La mujer cerró a su espalda mientras decía con voz pastosa:

—Estoy aquí desde hace unas horas.

—Pero te he preguntado por qué, Ana.

—Y yo te he contestado que no hacía falta preguntarlo.

Acercó su boca. Era grande, fresca y jugosa. Buscó con ella la boca entreabierta de Johnny.

Ella sabía besar. El también.

Fue una caricia que por poco hace temblar las paredes. La tía vibraba. Cada movimiento de sus caderas, por suave que fuese, producía un choque en el aire.

—He venido por esto —murmuró ella al fin.

—No me digas que me necesitabas.

— ¿Y por qué no?

—Porque ninguna mujer necesita a un hombre. Al contrario. Una mujer hace una seña y salen veinte tíos dispuestos a acostarse con ella. Sobre todo si son mujeres como tú.

—Pero los hombres que estarían dispuestos a acostarse conmigo tampoco son como tú —dijo Ana—. Te necesitaba y por eso he vuelto. Pero no pensaba encontrarte tan pronto. Pensaba ir mañana a verte al hotel.

—Ha sido una casualidad el que me encontraras. He estado registrando la casa de un tipo llamado Ramis. Por eso he venido a esta zona.

— ¿Quién es Ramis?

Johnny se mordió el labio inferior. No estaba dispuesto a decir la verdad, aunque sólo fuera por respeto a la memoria de Peter.

—Un sospechoso —contestó.

—Nunca lo oí nombrar.

—Es natural. Ni tú vives en Tucson ni ese tipo es un hombre de los de tu cuerda.

— ¿Has encontrado algo?

—Bueno... Un poco más y encuentro la muerte. Estoy teniendo lo que se dice una noche muy movidita.

— ¿Quieres decir que...?

—Parece como si todo el mundo me quisiera quitar de encima. No hacen más que regalarme billetes para el infierno.

—Quizá temen que sepas demasiado.

—Seguro que es eso.

Ana se sentó en el único diván que había en la sala. Seguía llevando una falda muy cortita. Seguía usando ropa de luto, lo que acentuaba la solidez de sus relieves. Seguía teniendo unas piernas estupendas.

—Me gustaría limpiar la memoria de Peter —susurró Ana—, pero no a ese precio. Pienso que ya has hecho demasiado, Johnny, y que has ido mucho más allá de lo que era tu deber. No vas a jugarte la vida por limpiar la memoria de un hombre que ya está muerto.

—Al principio fue sólo eso, Ana. Yo quería limpiar la memoria de Peter. Pero luego fue algo más.

— ¿Algo más...?

—Sí. Me doy cuenta de que soy demasiado tozudo, pero no puedo evitarlo. Cuando empiezo una cosa, la termino siempre. Todo ha ido tan lejos que pienso llegar hasta el final.

Y se sentó a su lado en el diván. Junto a aquella mujer no sentía paz, sino todo lo contrario. Sentía ganas de guerra. Pero si en la guerra hay tías como Ana, ya se puede ir al infierno la paz. Insensiblemente le puso una mano entre las piernas.

Ella susurró:

—Tú también quieres que yo me vaya al infierno.

—Tal vez.

—Me vas a poner perdida.

—Lo siento, Ana. Pero quiero que sepas que yo también estoy muy contento de verte.

— ¿Qué has podido averiguar en Tucson?

—Bueno... Creo que ya tengo al culpable.

—Pero qué dices...

—Fue el director de la sucursal del Federal Reserve. Pienso que desgraciadamente tu marido tuvo algo que ver con el robo, pero en plan de simple instrumento. Seguro que le engañaron, seguro que no supo en qué lío se metía. El que lo maquinó todo fue el director de la sucursal. Y le dijo a Peter todo lo que tenía que hacer. Aquel asalto no era tan fácil si uno no tenía unos conocimientos previos.

— ¿Pero para qué? El propio director era el que tenía que sentir menos interés en... en...

—Tampoco las cosas son tan sencillas como piensas, Ana. El dinero no era suyo, al fin y al cabo. Estaba asegurado. Ese pájaro lo escondió, se ocupó de que todas las pruebas se acumularan sobre la cabeza de Peter y dentro de un tiempo pondrá la pasta en circulación, cuando el asunto esté medio olvidado. Mientras tanto, el seguro habrá resarcido al banco del importe del robo. Todos tan contentos.

—Menos el pobre Peter —dijo ella con un hilo de voz.

—Eso es. Menos el pobre Peter. Y menos todos los que han muerto. Y menos yo. Porque sé muy bien lo que ocurre: yo les estorbo. Mientras meta las narices en esto, el seguro no pagará.

Lanzó un suspiro, mientras evitaba tocar más a la mujer porque se hubiera puesto a cien. Luego musitó:

—Peter, además, es un hombre cuyo recuerdo me resulta simpático. Desde el principio me pareció un hombre honrado, de intenciones limpias, sin demasiada ambición.

—Eso es cierto —dijo Ana pensativamente—, aunque quizás el no tener ambición fue su mayor defecto.

— ¿Por qué?

—Nunca me acabó de dar lo que yo necesitaba —musitó Ana—. Nunca tuve hermosos vestidos, joyas ni zapatos traídos expresamente de Nueva York o de Europa. Otras mujeres tenían todo eso.

— ¿Y tú lo lamentabas?

—Bueno... Es lógico que una chica joven aspire a esas cosas. Cuando ves que otra las posee, tú las echas en falta.

—Creo que te equivocas, Ana. Tú no necesitas nada. Tú tienes tu juventud y tu belleza.

— ¿Imaginas que eso es suficiente?

Johnny rozó sus labios. De pronto se habían transformado en unos labios fríos y secos, pero que seguían ejerciendo sobre él una irresistible fascinación.

—Claro que es suficiente, Ana. Por otra parte, tu marido lo tenía todo para hacerte feliz. En cambio un tipo como yo, por ejemplo, no conseguiría hacerte feliz de ninguna manera.

Otra vez rozó los labios femeninos, sintiendo que le invadía una especie de fiebre. Un poco más y perdía los estribos. Un poco más y se merendaba a la tía.

A pesar de lo que había dicho que uno no le convenía al otro, le resultaba casi imposible separarse de una mujer como Ana.

—Pero no quiero que tú y yo estemos distanciados —dijo en voz baja—. Creo que vas a hacer que me olvide de todo.

—A mí también me cuesta pensar que vamos a estar separados, Johnny. Pero si quieres que estemos juntos, lo primero que necesitamos es estar vivos. Tienes que dejar todo esto, tienes que alejarte del asunto del atraco y todo lo que significa.

—Me va a ser difícil, Ana.

— ¿Por qué?

—Es un asunto que me obsesiona. Y creo que tú te sentirás también mucho más limpia si la memoria de Peter es rehabilitada. Pienso que es mi deber.

Ana sonrió.

Tenía una sonrisa hechicera y que parecía acariciar el aire.

—Johnny —musitó—, no nos separaremos nunca.

Johnny fue a besarla, pero ella le puso delicadamente un dedo sobre los labios.

—Espera —musitó.

— ¿Qué hemos de esperar?

— ¿No quieres que me desnude?

—No es que yo sea un especialista en desnudar señoras, pero también sé hacerlo —dijo Johnny riendo.

—Tengo una combinación que me gustaría enseñarte.

—Tú no necesitas nada, Ana. Basta con tu cuerpo.

—De todos modos, quiero que la veas. Va a ser una noche de amor maravillosa, Johnny. Y quiero ponerlo todo de mi parte para que resulte perfecta.

Se puso en pie, desprendiéndose de sus brazos. Y fue hacia la puerta que estaba detrás del diván, y que daba al interior de la casa.

Johnny murmuró:

—No exageres.

— ¿Por qué?

—Porque a lo mejor estas tan guapa que la diño al verte.

Ella le lanzo un beso con los dedos y desapareció

Estuvo fuera unos cinco minutos

Luego la puerta se abrió. Johnny seguía de espaldas.

Su voz deliciosa dijo:

—Amor va puedes volverte.

Él giró la cabeza, esperando la sorpresa.

Y la tuvo. Vaya si la tuvo.

El cañón de un Colt se apoyó en su sien izquierda. Pero no fue sólo eso.

Detrás estaba una alta y hermosa figura vestida con ropas de hombre.

Unas ropas que Johnny conocía muy bien. Tanto que hubo de murmurar con un hilo de voz:

—Ramis...

# 12

Pero fue al alzar la vista del todo cuando la cara de Johnny cambió. Fue al ver lo que había encima de aquellas ropas. Fue al ver el rostro de la persona que le amenazaba. Fue al sentir aquel frío en el corazón, cuando se dio cuenta de que el rostro que estaba alífera el de... ¡Ana!

Johnny sólo pudo balbucir:

—Imposible...

Pero no era imposible. Él sabía que era una sórdida realidad. Y ella murmuró mientras le acababa de clavar el cañón en la sien:

—Tenías que haberlo adivinado, Johnny. Tenías que haber comprendido ya antes que si estaba de espaldas en la cama era porque quería meterte en una trampa mortal, pero de ningún modo te podía enseñar la cara...

Él tragó saliva. De pronto ya no le importaba la muerte. De pronto sólo sentía en el corazón un tremendo frío y una terrible desolación.

—Empiezo a entenderlo... —barbotó—. Entonces fuiste tú la que atracó el banco, disfrazada de hombre. Como llevabas un guardapolvo ancho, se disimulaban tus formas.

—Sí.

—Y seguro que el pobre Peter encontró algunos billetes robados en su propia casa. Y no imaginó ni de lejos lo que habría pasado. Los puso en circulación sin sospechar nada y lo detuvieron.

—Sí.

—Entonces se dio cuenta de que la autora del crimen eras tú, ¿verdad? Y a partir de ese momento nada le importó, excepto una sola cosa: salvarte. Siempre sospeché que Peter era demasiado bueno y te quería demasiado también. Lo confesó todo. Se declaró culpable y se dejó llevar a la horca sólo para que cerraran el caso... y nunca te acusaran a ti. Ese fue el último servicio que te prestó el pobre Peter. ¿Es cierto o no, Ana?

—Es cierto.

Ella contestaba secamente, igual que una máquina.

Sin moverse, Johnny preguntó:

— ¿Pero entonces por qué me contrataste a mí? ¿Por qué trataste de salvarle en el último momento?

—Porque lo necesitaba, Johnny. Era indispensable. Yo necesitaba aparecer ante todos como la desconsolada viuda que mueve el mundo entero para salvar a su marido amado. Pero en realidad tú no ibas a poder salvarle. ¿No te diste cuenta? Un hombre contratado te esperaba en las afueras de la ciudad con orden de matarte. Lo que pasó fue que tú lo mataste a él, y por un par de segundos no salvaste a Peter. Quizás eso lo hubiera estropeado todo, pero a mí las cosas me salieron bien. Todo hubiera sido perfecto de no seguir tú con las investigaciones.

—Dios santo... ¿Pero tú guardas realmente el dinero en tu casa, Ana?

—Claro. Eso sí que lo has adivinado, Johnny. El director del Federal Reserve se puso de acuerdo conmigo para dar el golpe y repartirnos el botín. ¿Por qué lo hizo? Pues porque así ganaba dinero y además porque soy guapa. ¿Y por qué lo hice yo? Te lo he dicho antes: Peter era un hombre honrado, pero sin ambición.

—Y tú eres una perra.

Como si no le hubiese oído, Ana continuó:

—Una mujer como yo tiene derecho a dominar el mundo. No ha de conformarse con ser la esposa de un empleado que nunca prosperará. Yo quería joyas, vestidos, viajes, lujo... Y la amistad con un director de banco, además de un buen golpe, me podía proporcionar todo eso. De modo que lo hice, aunque entonces no pensaba que ello significaría la muerte de Peter. Sólo pensaba abandonarlo. ¿Me vas a preguntar ahora dónde guardamos el dinero, amado Johnny? Pues te contestaré: lo guardó un hombre que no existe.

— ¿Cómo que un hombre que no existe?

—El tal Ramis. El mariconazo. El que de vez en cuando exhibía unas formas difíciles de ocultar. Tú sabes que Ramis tenía una fotografía en la mesilla del dormitorio, pero era la fotografía de un hombre cualquiera, obtenida muy lejos de aquí. En realidad Ramis era yo. Alquilé una casa. Tejí una serie de misterios. Me inventé un amiguito que tampoco existía. Cambié de voz cuando hizo falta. Todo para que buscaran a un tal Ramis como posible autor del atraco, lo que significaba que jamás me encontrarían a mí. Incluso deslicé alguna insinuación de que el dinero lo ocultaba Ramis. Pero verdaderamente lo tenemos mi socio y yo en una cuenta corriente del banco de Boston.

—Me has dado una pista demasiado valiosa, Ana.

— ¿Y qué importa si vas a morir?

Johnny guardó silencio, porque se daba cuenta de que eso era cierto. Ella añadió:

—Entre el director del Federal Reserve y yo hemos intentado matarte varias veces, Johnny, pero ha sido imposible. Y hasta te diré que he intentado salvarte al decirte que te apartaras del asunto, porque en tal caso no necesitabas morir. Pero has sido demasiado fiel a tus principios, Johnny. Y seguirás siendo fiel en la tumba. Lo siento.

Fue a disparar.

Sus ojos se habían entrecerrado.

No había en ellos la menor compasión, el menor sentimiento. Johnny tampoco lo esperaba. Solamente susurró:

—Adiós.

Y entonces la carga de dinamita con la mecha ya encendida entró por la ventana, atravesando las cortinas y brincando en la habitación. A punto materialmente de estallar, rebotó sobre el diván... ¡donde estaba Johnny!

A éste lo mismo le importaba morir de un modo que de otro, pero su cuerpo reaccionó instintivamente, sin que su voluntad interviniera. Dio un terrible salto hacia afuera. Ana, paralizada por el asombro y por el miedo, retrasó el disparo un segundo. Miró como fascinada la mecha colocada a menos de dos pasos... ¡Y que ya estaba llegando al final!

No tuvo tiempo de moverse.

Ni siquiera lo intentó.

El horror la paralizaba.

Y la explosión le voló la cabeza, le deshizo la cara, le perforó por cien sitios aquel cuerpo tan hermoso que volvía loco a los hombres. Ana desapareció. El humo y la sangre llenaron el cuarto. Y Johnny saltó hacia la ventana, enloquecido por la rabia y el odio, mientras su revólver perforaba las sombras.

Allí estaban los dos.

Johnny lo imaginaba.

Lo había esperado.

Allí estaban los dos, riendo ante su victoria.

El director del banco y su cómplice pensaban que nadie quedaba vivo en la casa. Pensaban que ahora el dinero iba ser suyo íntegramente y que no habría más investigaciones. Por eso trataron de alzar las manos cobardemente mientras uno de ellos balbucía:

—Noooo...

John Valley no tuvo compasión.

Los acribilló.

Los cosió a balazos.

Los dejó convertidos en unas piltrafas.

Y luego se alejó poco a poco de allí. Por todas partes sonaban gritos, pero él no tenía ánimo para volver la cabeza. Incluso por un momento parecieron fallarle las fuerzas y arrastró los pies.

Iba a seguir siendo un pistolero.

Y para siempre.

Pero John Valley no se arrepintió. Guardó el revólver.



